

**BIBLIOTECA CRÍTICA DE LAS LITERATURAS
LUSO-HISPÁNICAS
38**

**UNA REVOLUCIÓN ESTÉTICA:
EL ROMANTICISMO
EN HISPANOAMÉRICA**

Viktoria Kritikou

Ediciones del Orto



Universidad de Minnesota

BIBLIOTECA CRÍTICA DE LAS LITERATURAS LUSO-HISPÁNICAS
Problemas Históricos y Estética

Directores:

Rodolfo Cardona, Anthony N. Zahareas

Comité Editorial:

Hernán Vidal (América Latina), Russell Hamilton (Literaturas lusas), Carlos García Gual (Literatura Comparada), Beatriz Pastor (Teorías), José Esteban (Periodismo y Ensayo), Eusebi Ayensa Prats (Catalán)

Editor general:

Alfonso Martínez Díez

Coordinadores:

Oscar Pereira, Natalia Escudero, Reyes Coll Tellechea

Primera edición 2012

© Viktoria Kritikou

© Alfonso Martínez Díez, *Editor & Publisher*

© Natalia Escudero, Coordinadora

© EDICIONES CLÁSICAS • EDICIONES DEL ORTO

c/ San Máximo 31, 4º 8

Edificio 2000 • 28041 Madrid (Spain)

Telfs. 91-5003174 / 5003270

Fax 91-5003185. E-mail: ediclas@arrakis.es

www.edicionesclasicas.com

© Dibujo de cubierta: “El gaucho”, de María Kritikou

I.S.B.N.: 84-7923-477-6

Depósito Legal:

Impreso en España

Imprime MALPE S.A.

ÍNDICE

I. CUADRO CRONOLÓGICO	7
Acontecimientos histórico-culturales en Hispanoamérica	9
II. EL ROMANTICISMO EN HISPANOAMÉRICA.....	11
INTRODUCCIÓN	13
EL ROMANTICISMO HISPANOAMERICANO	18
LOS GÉNEROS LITERARIOS	22
LOS “PROSCRITOS”	27
ESTEBAN ECHEVERRÍA	28
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO	33
JOSÉ MÁRMOL	34
JOSÉ HERNÁNDEZ	35
III. SELECCIÓN DE TEXTOS	37
JOSÉ MARÍA HEREDIA	38
ESTEBAN ECHEVERRÍA	42
JOSÉ MÁRMOL	48
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO	69
JORGE ISAACS	71
JUAN LEÓN DE MERA.....	72
JOSÉ HERNÁNDEZ.....	84
CIRILO VILLAVERDE.....	88
IV. BIBLIOGRAFÍA	91
OBRAS DE LOS AUTORES ANTOLOGIZADOS	93
GENERALIDADES	93
ESTUDIOS ESPECIALIZADOS	95

I
CUADRO CRONOLÓGICO

Acontecimientos histórico-culturales en Hispanoamérica.

- 1803** José María Heredia nace en Cuba.
- 1805** Esteban Echeverría nace en Argentina.
- 1811** En Argentina nace Domingo Faustino Quiroga.
- 1812** En Cuba nace Cirilo Villaverde.
- 1815** En Argentina nace Vicente Fidel López.
- 1818** En Argentina nace José Mármol.
- 1820** En Cuba José María Heredia escribe el poema "En el Teocalli de Cholula".
- 1821** En Argentina nace Bartolomé Mitre.
- 1824** José María Heredia escribe el poema "Niágara" en el destierro.
- 1825-1830** Echeverría viaja a Europa y permanece en París donde se pone en contacto con el movimiento romántico.
- 1827-1880** Período del florecimiento del romanticismo en Hispanoamérica.
- 1829-1832** Primer gobierno de Juan Manuel de Rosas en Argentina.
- 1832** Echeverría inicia el romanticismo en la poesía argentina con la publicación de su obra *Elvira o La novia del Plata*. En Ecuador nace Juan León de Mera.
- 1833** En Perú nace Ricardo Palma.
- 1834** Inglaterra abole la esclavitud en sus colonias. En Argentina nace José Hernández y Echeverría publica *Los consue-los*. En Santo Domingo nace Manuel de Jesús Galván.
- 1835-1852** Dictadura de Juan Manuel de Rosas en Argentina.
- 1835** Andrés Bello publica *Principios de ortología y métrica de la lengua castellana*.
- 1837** Esteban Echeverría funda la Asociación de Mayo y publica *Rimas* donde se halla el poema "La cautiva". En Colombia nace Jorge Isaacs.
- 1839** José María Heredia muere en México. En Cuba Cirilo Villaverde publica la primera edición de *Cecilia Valdés*.
- 1841** En Cuba Gertrudis Gómez de Avellaneda publica la novela abolicionista *Sab*.
- 1844** En Argentina José Mármol publica la novela *Amalia*.
- 1845** En Argentina Domingo Faustino Sarmiento publica *Facundo o Civilización y Barbarie*.
- 1846** En Cuba Gertrudis Gómez de Avellaneda publica la novela *Guatimozín*.
- 1847** Andrés Bello publica la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Bartolomé Mitre publica *Soledad* en Bolivia.

- 1851** Esteban Echeverría muere en Uruguay.
- 1815** En Argentina Vicente Fidel López publica la novela *La novia del hereje*.
- 1855** En Uruguay nace José Zorrilla de San Martín.
- 1862** En Chile Alberto Blest Gana publica la primera novela realista *Martín Rivas*.
- 1862-1868** Bartolomé Mitre es Presidente de la Nación Argentina.
- 1863** En Puerto Rico Eugenio María de Hostos publica la novela sentimental *La peregrinación de Bayoán*.
- 1867** En Colombia Jorge Isaacs publica la novela *María*, obra maestra del romanticismo hispanoamericano.
- 1868-1874** Domingo Faustino Sarmiento es Presidente de la Nación Argentina.
- 1871** En Argentina, Juan María Gutiérrez edita *El matadero* de Esteban Echeverría, considerado el primer cuento hispanoamericano. En Ecuador Juan León de Mera publica la novela indianista *Cumandá*.
- 1871** En Argentina muere José Mármol.
- 1872-1883** En Perú Ricardo Palma publica las *Tradiciones peruanas*.
- 1872** En Argentina, José Hernández publica la primera parte del poema narrativo *El gaucho Martín Fierro*.
- 1879** En Argentina, José Hernández publica la segunda parte de su obra, bajo el título *La vuelta de Martín Fierro*. En Santo Domingo Manuel de Jesús Galván publica la novela histórica *Enriquillo*.
- 1882** En Cuba Cirilo Villaverde publica la edición definitiva de *Cecilia Valdés*.
- 1886** En Cuba se abole la esclavitud. En Uruguay José Zorrilla de San Martín publica su poema *Tabaré*. En Argentina muere José Hernández.
- 1888** En Argentina muere Domingo Faustino Sarmiento.
- 1894** En Ecuador muere Juan León de Mera. En Cuba muere Cirilo Villaverde.
- 1895** En Colombia muere Jorge Isaacs.
- 1903** En Argentina muere Vicente Fidel López.
- 1906** En Argentina muere Bartolomé Mitre.
- 1910** En Santo Domingo muere Manuel de Jesús Galván.
- 1919** En Perú muere Ricardo Palma.
- 1931** En Uruguay muere José Zorrilla de San Martín.

II

EL ROMANTICISMO EN HISPANOAMÉRICA

INTRODUCCIÓN

El romanticismo no es simplemente un movimiento artístico y literario, sino una revolución espiritual que afectó a todos los aspectos de la vida político-social e ideológica. Según Navas Ruiz, el romanticismo es un fenómeno complejo y multifacético, tan importante y duradero “que todavía hoy se viven muchos de sus principios: la libertad, el individualismo, la democracia, el idealismo social, el nacionalismo, la sensibilidad particular de las emociones” (13).

Se originó en Alemania e Inglaterra a finales del siglo XVIII, como una reacción al Neoclasicismo, y se extendió por Europa y América a comienzos del siglo XIX. En efecto, a lo largo del siglo XVIII Europa se encuentra inmersa en todo un proceso de transformación política, económica y social que deviene en terreno fértil para el auge del romanticismo. Navas Ruiz observa que tres grandes revoluciones contribuyeron al cambio radical del ambiente político-social: la revolución industrial en Inglaterra, la revolución americana y la revolución francesa (14).

La revolución industrial tuvo carácter económico. El aumento de la producción con el uso de nuevas técnicas y maquinarias y la expansión del comercio son la causa del cambio de la estratificación social; apareció una nueva clase social, la burguesía, y un

nuevo sistema filosófico-económico, el liberalismo. La Guerra de Independencia de los Estados Unidos (1775-1783) afirmó los derechos humanos con la Declaración de Independencia en 1776 y estableció un nuevo sistema político, la república democrática. La Revolución Francesa (1789-1799) consolidó los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Al mismo tiempo, la violencia y las atrocidades de los revolucionarios crearon una tendencia conservadora.

En el ámbito cultural, a finales del siglo XVIII, una serie de escritores y filósofos conceden el predominio a los sentimientos sobre la razón y las reglas establecidas por el Neoclasicismo. Jean Jacques Rousseau, el gran filósofo y escritor francés, ofrece una visión nueva del paisaje y del hombre que vive en armonía con la naturaleza. Su fuente de inspiración no es otra que el mundo interior del escritor, su propio yo. En Alemania, el movimiento *Sturm und Drang* (*Tormenta e ímpetu*) marca la ruptura con los principios neoclásicos en el Arte. Los alemanes Immanuel Kant, Johann Fichte, Gotthold E. Lessing, Johann G. Herder, Johann W. Goethe, Friedrich von Schiller y los ingleses John Lock, George Berkeley, Thomas Percy y James MacPherson, entre otros, anticiparon el romanticismo.

El movimiento llega a su florecimiento en el primer tercio del siglo XIX. A ello contribuyen la novela histórica de Walter Scott y la poesía de Lord Byron, en Inglaterra, así como las ideas literarias y filosóficas de los alemanes August W. y Friedrich von Schlegel, Heinrich Heine, Ernst T.A. Hoffman, Georg W.F. Hegel y Arthur Schopenhauer. En Fran-

cia, François René de Chateaubriand con su obra *El genio del cristianismo* (1802) y Mme de Staël asientan las bases del romanticismo francés llegando a su máxima expresión con Víctor Hugo, Charles Saint-Beuve, Alexandre Dumas, Alphonse de Lamartine, Alfred de Vigny y Alfred de Musset, entre otros. El romanticismo igualmente se extiende a otros países europeos como Italia, Rusia, España y Portugal.

El romanticismo tiene dos tendencias contradictorias: una conservadora y tradicional, que defiende los valores tradicionales del cristianismo y del absolutismo, basada en las ideas de la Restauración tras la caída de Napoleón, y otra liberal y revolucionaria, que con el lema de *libertad* combate todo orden establecido y defiende los derechos del individuo. Los representantes más destacados del romanticismo conservador en Inglaterra, Francia y España son Walter Scott, Chateaubriand y el Duque de Rivas respectivamente. Por otro lado, Lord Byron, Víctor Hugo y José de Espronceda representan el romanticismo revolucionario.

El romanticismo, como hemos mencionado, nace como reacción al racionalismo de la Ilustración y del Neoclasicismo. Es un movimiento caracterizado por un espíritu revolucionario. Según Víctor Hugo, “el romanticismo no es más que el liberalismo en la literatura”. Su rasgo fundamental es el ansia por la libertad en todos los aspectos. Así favorece el subjetivismo, el sentimentalismo, la evasión de la realidad burguesa, la exaltación de la naturaleza, el nacionalismo, la preocupación filosófica y el idealismo.

El subjetivismo y el individualismo son las características románticas principales. El creador romántico, a través del arte, expresa su propio mundo interior. El “yo” romántico está en contraste constante con el mundo exterior. Los protagonistas románticos son figuras rebeldes (don Juan, Prometeo, etc.) que tienen que enfrentar la sociedad en la que viven. El héroe romántico es un ser superior, un “genio” incomprendible para los demás.

El sentimentalismo, entendido como expresión de los sentimientos, es otra característica romántica. Es una necesidad para el artista romántico abandonarse a sus emociones, sea el amor o la melancolía. El instinto y las pasiones marcan la existencia humana. El anhelo de la libertad es el más fuerte impulso del ser.

El poeta romántico, decepcionado por la sociedad, lucha contra su ambiente vulgar y busca la evasión de la realidad. El exotismo, la imaginación, el ensueño, el suicidio, a veces, son su modo de escape de la realidad. Los románticos huyen de la sociedad burguesa evocando épocas pasadas, como la Edad Media, o lugares exóticos como el Oriente.

La exaltación de la naturaleza es un *leitmotif* en los autores románticos. La naturaleza juega un papel protagonista en la producción literaria romántica. El hombre es sacudido por la grandeza de la naturaleza y toma consciencia de su pequeñez frente a ella. El alma romántica busca la armonía con la naturaleza. El paisaje natural refleja los sentimientos del héroe, le acompaña en su soledad y ansiedad, le ofrece protección y refugio, aunque permanece indiferente

al dolor por la pérdida del ser querido. La naturaleza tiene una función sobrenatural y mística. Los románticos prefieren los ambientes nocturnos y sepulcrales para expresar su tristeza y melancolía. Asimismo se elogia la vida en la naturaleza virgen e intacta frente a la civilización que corrompe; el hombre salvaje con su bondad instintiva es uno de sus personajes.

El nacionalismo: La derrota de Napoleón cambia la escena política de Europa. La idea de la patria y la valoración de las tradiciones nacionales y regionales son de suma importancia para el hombre del siglo XIX. Las naciones europeas buscan su identidad cultural en su propia historia y en las tradiciones populares.

El costumbrismo es otra tendencia del movimiento romántico; la descripción de cuadros de costumbres atrae el interés de los escritores románticos con el doble propósito de conservar y criticar las prácticas típicas de una sociedad.

La preocupación filosófica: Las ideas revolucionarias y demócratas, la justicia social, la defensa de los derechos humanos y el progreso dominan la preocupación filosófica sobre la política. Igual importancia tiene la preocupación metafísica sobre la existencia de Dios, el Destino, la Vida y Muerte.

El idealismo: El romanticismo es sinónimo del idealismo. Las nociones del amor, la mujer, la naturaleza, la patria, la libertad se presentan idealizadas. Pero esta idealización no lleva a la felicidad sino a la muerte. El romántico sufre por el amor trágico, la pérdida de la persona amada, la sociedad burguesa, la falta de justicia y de libertad individual.

En cuanto al estilo literario, los románticos rechazan las reglas clasicistas y optan por la inspiración libre y original. Buscan expresar lo excepcional y, por tanto, se atreven a revelar “lo feo” que se opone a la idea de la belleza ideal. El propósito del arte romántico no es moralizador sino esteticista. El lenguaje de los románticos es muy vivo. Predominan el adjetivo y el uso de la primera persona (el “yo”), abundan las interrogaciones y exclamaciones, que contribuyen a subrayar los sentimientos, y se usa frecuentemente el hipérbaton.

En el teatro se abandona la regla de las tres unidades aristotélicas (acción, tiempo y lugar) y se mezclan los géneros; lo trágico y lo cómico, lo sublime y lo grotesco. Se presentan modelos nuevos como Shakespeare, Dante y Calderón. En la poesía aparecen innovaciones métricas; se utilizan nuevos tipos de versificación más libres o se usan metros medievales y populares (el romance, el octosílabo, el alejandrino, etc.). La poesía lírica es el género más característico del romanticismo. En la narrativa, se cultiva la novela, la leyenda y el cuento. Gracias al florecimiento del periodismo, aparece un nuevo género narrativo, el artículo de costumbres.

EL ROMANTICISMO HISPANOAMERICANO

La introducción del romanticismo en Hispanoamérica es tardía porque el contexto histórico-social y la carencia de modelos literarios propios no favorecen la adaptación inmediata de los principios románticos (Varela Jácome 93). Los países que se formaron después de las luchas por la Independencia, enfrentan

una serie de problemas: a nivel político, las dictaduras y las guerras civiles, y a nivel social, el mestizaje, el caudillismo, la esclavitud y el analfabetismo. El proceso de transformación de la sociedad americana es lento. Las recién emancipadas naciones están en busca de su propia identidad y el movimiento romántico sirve a este objetivo.

En el romanticismo hispanoamericano observamos dos etapas: la primera desde 1830 hasta 1860 y la segunda entre 1860 y 1880, con rasgos costumbristas y realistas. Al inicio las influencias más directas son de Francia e Inglaterra a causa del esfuerzo de los nuevos países de independizarse de la metrópolis española. No obstante, a partir de mediados del siglo XIX la literatura española es la fuente principal de inspiración. El lugar donde surge el romanticismo es la región del Río de la Plata, aunque hay manifestaciones románticas en otros países hispanoamericanos.

A principios de la época romántica siguen vigentes algunas ideas principales del Neoclasicismo, como la predilección por el orden, la claridad de la expresión, la purificación del lenguaje y la capacidad ética del arte (Garganigo 208). Estas ideas se combinan con las ideas liberales y los principios románticos de sentimentalismo e individualismo y forman las características propias del romanticismo hispanoamericano.

El individualismo: el escritor hispanoamericano lucha contra el ambiente histórico-social en el que vive. Este es el caso de la “generación del 37” en Argentina que se opuso al dictador Juan Manuel de Rosas. Los románticos hispanoamericanos enfocan

en el hombre no solo como individuo sino como ser social: el indígena, el esclavo negro, el mestizo, la mulata, el gaucho, el criollo. Por consiguiente, aparecen nuevos temas románticos relacionados con la realidad americana: el indianismo, la esclavitud y su abolición, el gauchismo y la dictadura, entre otros.

El nacionalismo: La independencia política y el ansia por la libertad son los valores más exaltados por los románticos hispanoamericanos a causa de la situación político-social. Los principios de la patria, de la democracia y de la libertad predominan en el pensamiento político y filosófico.

El costumbrismo: En la producción literaria romántica hispanoamericana aparecen descripciones de cuadros de costumbres que ofrecen una información invaluable sobre los usos y las costumbres de los grupos sociales de la época (blancos, hacendados, criollos, indios, negros y mulatos). Los elementos costumbristas señalan lo popular y lugareño, a veces, de forma satírica y otras con carácter moralizador. El costumbrismo sirve a la necesidad de la formación de una identidad nacional.

La exaltación de la naturaleza americana: Las descripciones de la naturaleza tienen un papel importante en la literatura hispanoamericana. Según Pedro Henríquez Ureña, “la literatura descriptiva habrá de ser, pensamos durante largo tiempo, la voz del Nuevo Mundo” (38). El paisaje americano es muy diferente al europeo y todos los autores hispanoamericanos sienten la necesidad de describirlo. Para los hispanoamericanos, la naturaleza de su continente no es un elemento exótico, sino su propia tierra, que les de-

termina y les define. Las descripciones del paisaje no son un modo de huir de la realidad, sino la realidad misma. Por consiguiente, la descripción de la naturaleza de los nuevos países hispanoamericanos tiene como objetivo reforzar la identidad nacional.

Aparte de esta función de la naturaleza, las descripciones paisajísticas reflejan la situación anímica de los personajes. El paisaje no es un escenario estático sin importancia particular, sino un elemento vivo y armonizado con los sentimientos de los personajes. Hay dos tendencias en cuanto a la relación que el personaje romántico tiene con la naturaleza, dado que el paisaje natural refleja sus sentimientos. Así, cuando el personaje central se siente contento, la naturaleza florece, mientras que cuando se siente triste y desesperado, llueve y hace viento. La noche expresa el misterio, la duda y lo sobrenatural. Los elementos naturales, animales y plantas, se convierten en símbolos o augurios. Sin embargo, ante la muerte, la naturaleza parece indiferente a la desesperación humana. En realidad, el personaje decepcionado no puede soportar la fuerza revitalizadora de la naturaleza porque, interiormente, se siente devastado y no quiere seguir viviendo.

Igualmente, la naturaleza en la novela indianista romántica, por ejemplo, funciona como vivienda del indio. El indio, que vive en armonía con la naturaleza y lejos de la civilización corruptiva, tiene un carácter manso y bueno. Respeta y elogia las fuerzas naturales. En la novela indianista romántica, la naturaleza tiene un papel protagónico.

El elogio del pasado: Según el modelo de Walter Scott, los románticos se sienten atraídos por el pasado. La historia de Europa y de América inspira a los románticos de Hispanoamérica. La América precolombina, la época de la Conquista y la Colonia ofrecen temas nuevos y originales en la creación romántica (Carilla 2: 11).

En cuanto al lenguaje, al principio, los románticos hispanoamericanos utilizan un idioma adaptado a la nueva realidad americana introduciendo palabras provenientes del francés, galicismos, y de las lenguas indígenas, americanismos (Chang-Rodríguez y Filer 106). Sin embargo, con el tiempo, reconocen el valor de la lengua española y adoptan una actitud menos rígida. La problemática sobre la lengua se resume en la polémica entre Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento. Juan Montalvo y Juan María Gutiérrez aceptan las excelencias del español, la precisión y el popularismo, pero no dejan de atacar defectos como su arcaísmo y oscuridad (Carilla 1: 219).

LOS GÉNEROS LITERARIOS

El romanticismo renovó los géneros tradicionales y creó nuevos según sus necesidades (Carilla 2: 8). En América Latina el romanticismo llegó a través de la poesía. La producción poética del romanticismo hispanoamericano es abundante. Entre los poemas más importantes destacan “En el Teocali de Cholula” y “Niágara” (ver texto 1) de José María Heredia (Cuba 1803-1839), “La cautiva” (ver texto 2) de Esteban Echeverría (Argentina 1805-1851), el poema narrativo *Tabaré* de José Zorrilla de San Martín

(Uruguay 1855-1931) y el poema gauchesco *Martín Fierro* (ver texto 8) de José Hernández (Argentina 1834-1886).

En cuanto al teatro, aunque hay una presencia importante de obras dramáticas, en su mayoría, son obras españolas y adaptaciones o traducciones de piezas europeas. La producción teatral hispanoamericana es escasa y de poca calidad artística. Según Carilla, eso se debe tanto a la falta de auténticos dramaturgos, es decir creadores que se dedican exclusivamente a la dramaturgia, como a la preferencia del público por determinados nombres y obras. Las persecuciones políticas por parte de los regímenes autoritarios es otro factor disuasivo (2: 41-2). La única excepción es el teatro popular o costumbrista argentino que refleja las costumbres de la región campestre del Río de la Plata.

Así pues, la novela se convierte en el género favorito de los autores románticos en América Latina. En la prosa romántica aparecen varias tendencias según la temática de cada escritor:

a) La novela política en la que el interés se centra en la descripción de la situación política que determina la acción y el desenlace de la historia. El mejor ejemplo de este tipo de novela es *Amalia* (ver texto 4) de José Mármol (Argentina 1818-1871).

b) La novela indianista o de idealización del indio, con influencias de Chateaubriand y Fenimore Cooper, nos presenta mayormente a personajes indios, como cabría esperar. Los representantes de esta tendencia nos muestran las costumbres y las condiciones de vida de los indios. Sin embargo, su interés

por la situación del indio es superficial y sus descripciones se dan desde una perspectiva netamente folclórica. El marco escénico de la novela indianista es un lugar natural donde la belleza de la naturaleza americana es impresionante. Las primeras novelas indianistas son *Netzula* de José María Lafragua (México 1813-1875) y *Caramurú* de Alejandro Magariños Cervantes (Uruguay 1825-1893). La novela indianista tiene su máxima expresión en *Cumandá o Un drama entre salvajes* (ver texto 7) de Juan León de Mera (Ecuador 1832-1894).

c) El tema de la esclavitud da origen a la novela abolicionista o antiesclavista. En este tipo de novela se critica a los hacendados blancos por su mala conducta hacia los negros. En 1833, Inglaterra declara la abolición de la esclavitud en sus colonias y consigue un acuerdo con España en contra de la trata de personas. No obstante, la trata continúa. La primera narración antiesclavista es *Petrona y Rosalía* de Félix Tanco Bosmeniel (Colombia 1797-1871), publicada en 1838 junto con un manifiesto antiesclavista. Sin embargo, la mejor novela abolicionista es *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel* de Cirilo Villaverde (Cuba 1812-1894).

d) La nostalgia por el pasado histórico contribuye al desarrollo de la novela histórica romántica, según el modelo de Walter Scott. En estas novelas se presentan acontecimientos de la Conquista y de la época de la Colonia. Los protagonistas son personajes históricos, españoles e indios, que atraen el interés de los románticos hispanoamericanos. Se alaba el heroísmo con que el indio defiende su tierra frente a los

audaces conquistadores. Las novelas *Gonzalo Pizarro* de Manuel Ascencio Segura (Perú 1805-1871), *Huayna Capaz y Atahualpa* de Felipe Pérez (Perú 1836-1891) narran acontecimientos históricos de la Conquista de Perú, mientras *Guatimozín* de Gertrudis Gómez de Avellaneda (Cuba 1814-1873), *Los mártires de Anáhuac* de Eligio Ancona (México 1835-1893) y *Nezahualpilli* de Juan Luis Tercero (México 1837-1905) reconstruyen la historia de la Conquista de México. La novela histórica más destacada es *Enriquillo* de Manuel de Jesús Galván (Santo Domingo 1834-1910) que presenta la sociedad colonial del siglo XVI en Santo Domingo. Para Galván, la lucha de los indios tiene carácter nacional y simboliza la defensa de los derechos humanos.

Según Varela Jácome, en la novela histórica se pueden incluir la novela de los procesos inquisitoriales y la novela de piratería (101-3). El tema de la libertad religiosa inspira una serie de novelas románticas con personajes herejes, es decir, judíos, protestantes y renegados. El primer ejemplo de este tipo de novela es *La novia del hereje o La Inquisición en Lima* de Vicente Fidel López. Otras novelas son *El Inquisidor Mayor: Historia de unos amores* del chileno Manuel Bilbao y *La hija del hereje* del mexicano Justo Sierra O'Reilly.

La novela de piratería narra las correrías por aguas americanas de estos audaces marinos exentos de la ley. En la literatura romántica el pirata es el símbolo de la libertad individual, del hombre libre que no obedece a ninguna autoridad a pesar de las dificultades de su modo de vida. Algunas novelas de

esta temática son: *El filibustero* de Justo Sierra O'Reilly, *El pirata de Guayas* de Manuel Bilbao, *Cofresí* del puertorriqueño Alejandro Tapia Rivera y *El tesoro de Cofresí* del dominicano Francisco Carlos Ortega.

e) La novela sentimental, basada en los modelos de Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand y Lamartine, se caracteriza por el fuerte sentimentalismo, las descripciones poéticas de la naturaleza que refleja los estados de ánimo de los protagonistas, el uso de símbolos y augurios, la idealización de la mujer y el amor platónico de fin trágico. La mejor novela sentimental es *María* (1867) de Jorge Isaacs (Colombia 1837-1895). Otras novelas sentimentales son *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre (Argentina 1821-1906), *La peregrinación de Bayoán* (1863) de Eugenio María de Hostos (Puerto Rico 1839-1903) y *Clemencia* (1869) de Ignacio Manuel Altamirano (México 1834-1893).

Con el romanticismo, se desarrolla en Hispanoamérica la tendencia costumbrista. Con las descripciones de cuadros de costumbres, el propósito de los costumbristas hispanoamericanos es doble: primero, quieren preservar el recuerdo de usos y costumbres sociales y, segundo, criticar algunos aspectos ridículos. Entre los costumbristas hispanoamericanos destaca Ricardo Palma (Perú 1833-1919). Con su obra *Tradiciones peruanas* (6 volúmenes, publicada entre 1872 y 1883) Palma nos ofrece un panorama de la sociedad peruana de su época. Su originalidad es la introducción de la "tradicición" en los géneros literarios. Otros costumbristas son Manuel Payno (México

1810-1894) e Ignacio Manuel Altamirano (México 1834-1893).

LOS “PROSCRITOS”

Argentina se configura en núcleo destacado de la literatura romántica gracias a las ideas liberales y la producción literaria de la “Generación del 37” o de los “Proscritos”. Los “Proscritos” son un grupo de activos opositores al régimen del dictador Juan Manuel de Rosas. El contexto político-social está determinado por las luchas entre los federales, partidarios de Rosas, y los unitarios, intelectuales liberales. Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, José Mármol, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, José Hernández y Eduardo Gutiérrez son algunos de los escritores argentinos que forman parte de los “Proscritos”, denominación romántica de los perseguidos por Rosas.

Los románticos argentinos buscan consolidar la identidad cultural, histórica y literaria de la Argentina después de la Independencia de España. Su objetivo es cambiar la situación política y social. Para conseguirlo creen que lo más importante es “civilizar”, esto es, educar a la población y controlar la naturaleza. En esa línea consideran la inmigración de los países del norte de Europa y de los Estados Unidos de Norte América una posible solución (Garganigo et al. 209). Proyecto que se verá truncado por la invasión de inmigrantes de los países del sur de Europa. El punto negativo en las ideas de los “Proscritos” es el menosprecio para con los indios, gauchos y ne-

gros. La pampa y sus habitantes son sinónimos de la barbarie, mientras Europa representa la civilización. Sin embargo, en *Martín Fierro* de José Hernández el gaucho aparece revalorado con rasgos románticos que no se corresponden con su imagen real.

Los “Proscritos” integran los idiomas locales y gauchescos e incorporan el paisaje rioplatense y los problemas sociales en la creación literaria. Su obra refleja un período importante de la historia política argentina y tiene resonancias en toda América. Los “Proscritos” contribuyen a la consolidación de la identidad nacional. Su producción literaria tiene un lugar ciertamente destacado en la historia de la literatura hispanoamericana.

Entre las obras más importantes del movimiento destacan “La cautiva” y *El matadero* de Echeverría, *Facundo o Civilización y Barbarie* de Domingo Faustino Sarmiento, *Amalia* de José Mármol, el poema narrativo de tema gauchesco *Martín Fierro* de José Hernández y la obra *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez, que dará inicio a la comedia gauchesca. Igualmente destacan la novela histórica *La novia del hereje* de Vicente Fidel López y la novela sentimental *Soledad* de Bartolomé Mitre.

ESTEBAN ECHEVERRÍA (1805-1851)

Echeverría, como muchos jóvenes de su época, pasó una temporada en París de 1825 a 1830. Muchos intelectuales hispanoamericanos consideraban indispensable para su formación cultural una estancia en Europa y, especialmente, en París. El contacto directo con las nuevas ideas filosóficas, políticas,

artísticas y literarias marca decisivamente la formación personal de Echeverría. Tras su regreso a Argentina, gobernada en aquel entonces por Juan Manuel de Rosas, empieza a publicar y a frecuentar las tertulias literarias, fundando en 1838 la “Asociación de Mayo” junto con otros escritores argentinos de la llamada “Generación del 37”. Con Alberdi y Gutiérrez redacta el *Dogma socialista* donde expresa sus ideales liberales.

Echeverría manifiesta los nuevos principios románticos en su obra poética *Elvira o la novia del Plata* (1832) y más tarde en *Los Consuelos* (1834) y *Rimas* (1837). En *Rimas* aparece el poema “La cautiva” que apasiona a sus contertulios en el Salón Literario a causa de la original visión de la pampa argentina, ‘el desierto argentino’ en palabras del propio autor. “La cautiva” es un himno al heroísmo humano frente a las fuerzas de la naturaleza y los indios. Los personajes indios representan lo malo mientras la pareja blanca simboliza el amor trágico. Según Oviedo, la originalidad del poema está en “descubrir la «poesía» de la pampa argentina y encontrar en ella un poderoso símbolo del país: un mundo físico y humano que había que rescatar de su propio atraso e incorporar a la vida moderna” (27). Con su obra poética Echeverría inicia la poesía argentina romántica y plantea el dilema entre civilización y barbarie que elaborará Sarmiento.

Su obra en prosa, el relato *El matadero*, es uno de los textos más importantes de la literatura hispanoamericana. Aunque editado en 1871, fue escrito en 1838, constituyéndose así en la primera obra de la

narrativa romántica del Río de la Plata. En efecto, *El matadero* se considera el primer cuento moderno hispanoamericano (Martínez 231-31; Cabañas 133). Echeverría describe el ambiente del matadero y la atmósfera de violencia detalladamente y con realismo chocante; de esta manera presenta la situación sociopolítica del Buenos Aires de su época. *El matadero* es una crítica feroz contra los extremos del gobierno rosista y la hipocresía de la Iglesia. El autor lo ambienta en la temporada de Cuaresma y bajo una lluvia torrencial para destacar la existente crisis sociopolítica y la tensión entre federales y unitarios, la cual lleva a un punto culminante. El interés del narrador enfoca en el matadero dado que se trata de un lugar horroroso y cruel. Las analogías entre el matadero y el gobierno de Rosas son obvias; en ambos dominan la violencia, la injusticia y la criminalidad. Los letreros rojos que hay en el matadero, “Viva la Federación”, “Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra” y “Mueran los salvajes unitarios” (Echeverría 99), señalan los principios políticos de la sociedad inculta y cruel.

Los personajes forman parte del ambiente y tienen un papel complementario; según Fleming “cumplen una función ornamental, algo así como un telón de fondo en movimiento” (77). El narrador describe a los carniceros llenos de sangre y a las mujeres que trabajan en este lugar, “las achuradoras”, que son tan feas como “las harpías de la fábula” (Echeverría 100). Otra escena atroz es la de la muerte repentina de un niño cuando el lazo le corta la cabeza: “se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como

si un golpe de hacha la hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre” (Echeverría 105). La rapidez con la cual los demás personajes entierran el cadáver, sin llantos, es impresionante y al mismo tiempo muestra la indiferencia de los federales ante el hecho. La escena de la muerte del niño es chocante. El propósito de estas descripciones espantosas y crueles es preparar al lector respecto al comportamiento violento y criminal de estas personas. Según Menton, el narrador no nombra a estos personajes “para no romper la imagen de la chusma unida” (36). Estas escenas revelan la falta de dignidad y de respeto entre los personajes. Se trata de gente pobre, sin educación y sin principios. Actúan guiados por su instinto animal y una obediencia ciega al gobierno federal de Rosas.

En *El matadero* destacan dos personajes: Mata-siete, que es el jefe de los carniceros y se caracteriza por su fuerza física y la violencia de sus acciones, y el “juez del matadero”, que representa el orden federal y el gobierno rosista. El joven unitario que aparece al final tiene rasgos diferentes. Su apariencia es bien distinta de la de los federales: monta en silla, tiene la barba en forma de U y no lleva divisa y luto en el sombrero.¹ Los federales no tienen ningún escrúpulo en atacarle en grupo. El hecho provoca la

¹ La divisa era una cinta roja, el color de la Federación, que llevaban obligatoriamente los funcionarios públicos y, en la práctica, todos para distinguirse de los unitarios que llevaban los colores azul y verde. El luto era un brazaletes con lazo negro en el brazo izquierdo y una cinta negra en el sombrero, señal de duelo por la muerte de la esposa de Rosas, Encarnación Ezcurra (Fleming 108).

ironía del narrador: “¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales! Siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte” (Echeverría 100). Después de la muerte del unitario el “juez” del matadero admite que “queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio” (Echeverría 114). Los federales, que son hombres sin conciencia, se van tranquilos y sin remordimientos, porque creen que son los salvadores de la Federación.

Concluyendo, Echeverría describe un pequeño lugar en las afueras de la ciudad, al borde del campo argentino. Es un lugar donde las leyes de la sociedad civilizada no tienen ningún valor. Este espacio violento con su gente brutal es el espejo de la sociedad argentina de la época del dictador Rosas. El fanatismo de los defensores del régimen federal y la ausencia total de respeto por la vida contrasta con la dignidad y la superioridad espiritual de los unitarios y, en general, está opuesto “a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad” (Echeverría 114). El enfrentamiento entre federales y unitarios establece el conflicto entre civilización y barbarie, entre ciudad y campo, una problemática que dominará en la literatura argentina y latinoamericana de la segunda mitad del siglo XIX.

El matadero es una imagen simbólica de la Argentina de aquella época: “Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales” (Echeverría 106). La violencia y la atroci-

dad del matadero evidencian el gobierno cruel e injusto de Rosas. La libertad y los derechos humanos están totalmente ausentes; la mayoría de la gente permanece apática a los acontecimientos y obedece ciegamente las normas establecidas por el gobierno federal y sus representantes.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO (1811-1888)

Domingo Faustino Sarmiento es “la personalidad más vigorosa” de los “Proscritos” (Bellini 221). Escritor y hombre político, contribuyó al progreso de su propio país. Su obra más conocida es *Facundo o civilización y barbarie* (1845). La obra de Sarmiento se divide en tres partes. En la primera, se describe el ambiente geográfico y sus habitantes, como un escenario sobre el cual se desarrollará la acción. En la segunda parte, se narra la vida del famoso caudillo Juan Facundo Quiroga, llamado “el Tigre de los Llanos” y en la tercera se presenta el régimen de Juan Manuel Rosas (Yahni 17). Facundo es considerado por Sarmiento un “genio bárbaro”, el “gaucho malo” al que conforma y determina su medio, esto es, la Pampa argentina que es vista como sinónimo de la barbarie (Yahni 16). El aislamiento, la falta de educación y de moral, la naturaleza salvaje determinan no solo el carácter de los gauchos indomables que desafían la naturaleza y desprecian la muerte sino también sus costumbres, su modo de vivir, aun su modo de vestir. El gaucho se presenta como el destructor de la civilización, las leyes y la libertad.

En la tercera parte se nos muestra el ambiente político-social de la dictadura. Rosas, al igual que sus

partidarios, es un exponente de la barbarie. Sarmiento ataca directamente a todo representante de la barbarie: a Rosas, a los gauchos, a los indios y a los negros. Como contrapunto a ello se encuentra la “civilización”, encarnada en la ciudad de Buenos Aires y sus instruidos habitantes. Según Sarmiento, para lograr el progreso del país, hay que basarse en las ideas liberales europeas. Esta visión racista y la desvalorización de las raíces del país es el punto negativo del pensamiento de Sarmiento.

JOSÉ MÁRMOL (1817-1871)

José Mármol, cuando era estudiante aún, fue encarcelado a causa de su ideología y actividad contra la dictadura de Rosas. Estas experiencias predominan en su vida literaria y política. Escribió poesía, dramas -*El poeta* y *El cruzado*, sin valor artístico- y la novela *Amalia* (1851). En su obra poética *El peregrino* (1847) da su visión romántica del paisaje argentino, mientras que en *Armonías* (1851) critica la política de Rosas. La novela *Amalia*, publicada entre 1851 y 1855, es su obra más importante. La historia amorosa está estrechamente ligada a la situación política del país. Describe varios episodios de la dictadura de Rosas y presenta los ideales liberales. La muerte trágica de Eduardo y Daniel es causada por los hombres de Rosas. Otro elemento romántico es la descripción idealizada de la protagonista. *Amalia* es joven, bella e inteligente. *Amalia* ofrece una imagen de la vida cotidiana y de las costumbres de Buenos Aires en una época concreta; es un testimonio de un período difícil de la historia política argentina.

JOSÉ HERNÁNDEZ (1834-1886)

Paralelamente a la actividad literaria de los “Proscritos”, hay un florecimiento de la poesía gauchesca. El poema narrativo *Martín Fierro* de José Hernández es una de las obras maestras de este género. Hernández defiende a los gauchos, víctimas de la persecución y explotación de la política de Sarmiento (Chang-Rodríguez y Filer 175).

Martín Fierro tiene dos partes. La primera parte es publicada en 1872 bajo el título *El gaucho Martín Fierro*, conocida como *La ida*, y la segunda en 1879, titulada *La vuelta de Martín Fierro*. En realidad, la segunda parte es el resultado del éxito de la primera. La acogida popular es tan espectacular que el propio autor afirma que la primera edición “se agotó antes de dos meses” (Sáinz de Medrano 17). La alta calidad artística y la vivacidad de la obra le ofrecen un lugar excepcional en la literatura gauchesca. El personaje principal es un gaucho que tiene características románticas: es un marginado rebelde y valiente. Martín Fierro representa al gaucho de la pampa como un símbolo de la nacionalidad argentina (Chang-Rodríguez y Filer 176).

III

SELECCIÓN DE TEXTOS

Texto 1

[“Niágara” es el poema más conocido de Heredia. Encontrándose ante la conocida catarata, el yo lírico evoca a su patria y expresa sus pasiones. José María Heredia, *Poesías líricas* (París: Garnier Hermanos, 1893) pp. 225-229].

Niágara (1824)

Templad mi lira, dádmela, que siento
en mi alma estremecida y agitada
arder la inspiración. ¡Oh! ¡Cuánto tiempo
en tinieblas pasó, sin que mi frente
brillase con su luz...! Niágara undoso;
tu sublime terror sólo podría
tornarme el don divino, que, ensañada,
me robó del dolor la mano impía.
Torrente prodigioso, calma, calla
tu trueno aterrador; disipa un tanto
las tinieblas que en torno te circundan;
déjame contemplar tu faz serena
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
lo común y mezquino desdeñando.
ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo,
palpitando gocé; vi al Océano,
azotado por austro proceloso,
combatir mi bajel, y ante mis plantas
vórtice hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza,
en mi alma no produjo
la profunda impresión que tu grandeza,
Serenos corres, majestuosos; y luego
en ásperos peñascos quebrantado,

te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
de la Sirte rugiente
lo aterradora faz? El alma mía
en vago pensamiento se confunde
al mirar esa férvida corriente
que en vano quiere la turbada vista
en su vuelo seguir al borde oscuro
del precipicio altísimo; mil olas,
cual pensamientos rápidos pasando,
chocan y se enfurecen,
y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
y entre espuma y fragor desaparecen.
¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
devora los torrentes despeñados:
crúzanse en él mil iris, y asordados
vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
rómpe se el agua; vaporosa nube
con elástica fuerza
llena el abismo en torbellino, sube,
gira en torno, y al éter
luminosa pirámide levanta,
y por sobre los montes que le cercan
al solitario cazador espanta.
Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
con inútil afán? ¿Por qué no miro
alrededor de tu caverna inmensa
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
que en las llanuras de mi ardiente patria
nacen del sol a la sonrisa, y crecen,
y al soplo de las brisas del Océano,
bajo un cielo purísimo se mecen?
Este recuerdo a mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,

ni otra corona que el agreste pino
a tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto y delicada rosa,
muelle placer inspiren y ocio blando
en frívolo jardín: a ti la suerte
guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
viene, te ve, se asombra,
el mezquino deleite menosprecia,
y aun se siente elevar cuando te nombra.
¡Omnipotente Dios! En otros climas
vi monstruos execrables
blasfemando tu nombre sacrosanto,
sembrar error y fanatismo impíos,
los campos inundar con sangre y llanto,
de hermanos atizar la infanda guerra,
y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista
en grave indignación. Por otra parte
vi mentidos filósofos, que osaban
escrutar tus misterios, ultrajarte.
y de impiedad al lamentable abismo
a los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente,
en la sublime soledad; ahora
entera se abre a ti; tu mano siente
en esta inmensidad que me circunda;
y tu profunda voz hiere mi seno
de este raudal en el eterno trueno.
¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enajena
y de terror y admiración me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano

hace que al recibirte
no rebose en la tierra el Océano?
Abrió el Señor su mano omnipotente;
cubrió tu faz de nubes agitadas,
dió su voz a tus aguas despeñadas
y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
como el torrente oscuro de los siglos
en insondable eternidad...! ¡Al hombre
huyen así las ilusiones gratas,
os florecientes días,
y despierta al dolor...! ¡Ay! agostada
yace mi juventud; mi faz, marchita;
y la profunda pena que me agita
ruga mi frente de dolor nublada.
Nunca tanto sentí como este día
mi soledad y mísero abandono
y lamentable desamor... ¡Podría
en edad borrascosa
sin amor ser feliz? ¡Oh! ¡Si una hermosa
mi cariño fijase,
y de este abismo al borde turbulento
mi vago pensamiento
y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara viéndola cubrirse
de leve palidez, y ser más bella
en su dulce terror, y sonreírse
al sostenerla mis amantes brazos...
Delirios de virtud... ¡Ay! ¡Desterrado,
sin patria, sin amores,
sólo miro ante mi llanto y dolores!
¡Niágara poderoso!
¡adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
ya devorado habrá la tumba fría
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos
cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso

viéndote algún viajero,
dar un suspiro a la memoria mía!
Y al abismarse Febo en Occidente,
feliz yo vuela do el Señor me llama,
y al escuchar los ecos de mi fama,
alce en las nubes la radiosa frente.
(junio de 1824)

Texto 2

[Primera parte del poema “La cautiva” de Echeverría; el paisaje argentino se describe con sensibilidad romántica y se exalta el heroísmo humano. Esteban Echeverría, *El matadero. La cautiva*. Leonor Fleming, ed. (Madrid: Cátedra, 1995), pp. 125-131.]

La cautiva

Parte primera

El Desierto

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El Desierto
inconmensurable, abierto,
y misterioso a sus pies
se extiende; triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
al crepúsculo nocturno,
pone rienda a su altivez.

Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista, en su vivo anhelo,
do fijar su fugaz vuelo,
como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
del ave y bruto guaridas,

doquier cielo y soledades
de Dios sólo conocidas,
que Él sólo puede sondar.

A veces, la tribu errante,
sobre el potro rozagante,
cuyas crines altaneras
flotan al viento ligeras,
lo cruza cual torbellino,
y pasa; o su toldería
sobre la grama frondosa
asienta, esperando el día
duerme, tranquila reposa,
sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
sublimes y a par sencillas,
sembró la fecunda mano
de Dios allí! ¡Cuánto arcano
que no es dado al vulgo ver!
La humilde yerba, el insecto,
la aura aromática y pura,
el silencio, el triste aspecto
de la grandiosa llanura,
el pálido anochecer.

Las armonías del viento
dicen más al pensamiento
que todo cuanto a porfía
la vana filosofía
pretende altiva enseñar.
¿Qué pincel podrá pintarlas
sin deslucir su belleza?
¿Qué lengua humana alabarlas?
Sólo el genio su grandeza
puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
reclinaba en occidente,
derramando por la esfera
de su rubia cabellera
el desmayado fulgor.
Serenos y diáfanos el cielo,
sobre la gala verdosa
de la llanura, azul velo
esparcía, misteriosa
sombra dando a su color.

El aura, moviendo apenas
sus alas de aroma llenas,
entre la yerba bullía
del campo que parecía
como un piélagos ondear.
Y la tierra, contemplando
del astro rey la partida,
callaba, manifestando,
como en una despedida,
en su semblante pesar.

Sólo a ratos, altaneros
relinchaba un bruto fiero
aquí o allá, en la campaña;
bramaba un toro de saña,
rugía un tigre feroz;
o las nubes contemplando,
como extático y gozoso,
el yajá, de cuando en cuando,
turbaba el mudo reposo
con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
que el vasto horizonte ardía:

la silenciosa llanura
fue quedando más oscura,
más pardo el cielo, y en él,
con luz trémula brillaba
una que otra estrella, y luego
a los ojos se ocultaba,
como vacilante fuego
en soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,
con su claroscuro manto,
veló la tierra; una faja,
negra como una mortaja,
el occidente cubrió;
mientras la noche bajando
lenta venía, la calma,
que contempla suspirando
inquieta a veces el alma,
con el silencio reinó.

Entonces, como el ruido
que suele hacer el tronido
cuando retumba lejano,
se oyó en el tranquilo llano
sordo y confuso clamor;
se perdió... y luego violento,
como baladro espantoso
de turba inmensa, en el viento
se dilató sonoro,
dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
del ágil potro arrogante
el duro suelo temblaba,
y envuelto en polvo cruzaba
como animado tropel,

velozmente cabalgando;
ve íanse lanzas agudas,
cabezas, crines ondeando,
y como formas desnudas
de aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
con su alarido perturba
las calladas soledades
de Dios, do las tempestades
sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
se atreve a hollar el desierto
cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
en sus yermos a buscar?

¡Oíd! Ya se acerca el bando
de salvajes, atronando
todo el campo convecino;
¡mirad! como torbellino
hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
del bruto que arroja espuma;
vaga al viento su melena,
y con ligereza suma
pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
clavando al bruto la espuela,
sin mirar alrededor?
¡Ved que las puntas ufanas
de sus lanzas, por despojos,
llevan cabezas humanas,

cuyos inflamados ojos
respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje
al indomable coraje
que abatió su alevosía;
y su rencor todavía
mira, con torpe placer,
las cabezas que cortaron
sus inhumanos cuchillos,
exclamando: —"Ya pagaron
del cristiano los caudillos
el feudo a nuestro poder.

Ya los ranchos do vivieron
presa de las llamas fueron,
y muerde el polvo abatida
su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
sus mujeres, sus infantes,
que gimen en cautiverio,
a libertar, y como antes,
nuestras lanzas probarán."

Tal decía, y bajo el callo
del indómito caballo,
crujiendo el suelo temblaba;
hueco y sordo retumbaba
su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
el rostro en manto nubloso,
echó en el vasto desierto,
su silencio pavoroso,
su sombría majestad.

Texto 3

[Fragmento del cuento *El matadero* de Echeverría, en el que el matadero refleja la situación político-social. Esteban Echeverría, *El matadero. La cautiva*. Leonor Fleming, ed. (Madrid: Cátedra, 1995) p. 114.]

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el matadero.

Texto 4

[Segundo capítulo de la primera parte de la novela *Amalia* de Mármol en el que se encuentran por primera vez los dos protagonistas. Eduardo ha sido herido por los federales. José Mármol, *Amalia*, Teodosio Fernández Rodríguez, ed. (Madrid: Editora Nacional, 1984).]

La primera curación

Cuando Daniel colocó a Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre a la joven prima de Daniel, pasó corriendo a un pequeño gabinete contiguo a la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, a cuya luz la joven leía las *Meditaciones* de M. Lamartine cuando Daniel llamó a los vidrios de la ventana y, volviendo a la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excesivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo;

y los rizos de su cabello castaño claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron a Eduardo descubrir en una mujer de veinte años una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresión y sentimiento y una figura hermosa, cuyo traje negro parecería escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo.

Daniel se aproximó a la mesa en el acto en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima, le dijo:

—Amalia, en las pocas veces que nos vemos, te he hablado siempre de un joven con quien me liga la más íntima y fraternal amistad; ese joven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son "oficiales", son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo, y salvarlo.

—¿Pero qué puedo hacer yo, Daniel? —le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hacia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecía la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

—Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

—¡Oh, no, Daniel; jamás lo he dudado!

—Bien —dice el joven poniendo sus labios sobre la frente de su prima—, entonces lo que tienes que hacer es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves a quedar dueña de tu casa y de mí como siempre.

—Dispón; ordena lo que quieras; yo no podría tampoco concebir una idea en este momento —dijo Amalia, cuya tez iba volviendo a su rosado natural.

—Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar a ningún criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oír concluir la última sílaba y corrió a las piezas interiores.

Daniel se acercó entonces a Eduardo, en quien el momentáneo descanso que había gozado, empezaba a dar expansión a sus pulmones, oprimidos hasta entonces por el dolor y el cansancio, y le dijo:

—Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tucumana de que te he hablado tantas veces, y que, después de su regreso de Tucumán, hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que, si la hospitalidad no agrada a tus deseos, no les sucederá lo mismo a tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante, volviendo su semblante a su gravedad habitual, exclamó:

—¡Pero es un proceder cruel; voy a comprometer la posición de esta criatura!

—¿Su posición?

—Sí, su posición. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. Mañana sabrá Rosas dónde estoy, y el destino de esta joven se confundirá con el mío.

—Eso lo veremos —dijo Daniel arreglando los cabellos desordenados de Eduardo—. Yo estoy en mi elemento cuando me hallo entre las dificultades. Y si, en vez de escribirme, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno a que no tendrías en tu cuerpo un solo araño.

—Pero tú ¿cómo has sabido el lugar de mi embarque?

—Eso es para despacio —contestó Daniel sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos azucarado.

—¡Oh, mi linda prima —dijo Daniel—. Los dioses habrían despedido a Hebe, y dándote preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento! Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará mientras viene un médico.

Y en tanto que suspendía la cabeza de su amigo y le daba a beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez a Eduardo, cuya palidez y expresión dolorida del semblante le daban un no sé qué de más impresionable, varonil y noble; y, al mismo tiempo, para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecían dos figuras como no había imaginádose jamás: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y sangre.

—Ahora —dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia—, ¿el viejo Pedro está en casa?

—Sí.

—Entonces ve a su cuarto, despiértalo y dile que venga.

Amalia iba a abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel:

—Un momento, Amalia: hagamos muchas cosas a la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

—En aquel gabinete —responde Amalia señalando el que estaba contiguo a la sala.

—Entonces, anda a despertar a Pedro.

Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó a otra habitación, que era la alcoba de su prima, de aquella a un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y el lodo de sus manos.

—¡Oh! —exclamó mirándose en el espejo del tocador mientras se lavaba las manos—. Si Florencia me viese así, bien creería me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando le quiero robar un beso y está enojada, se me escaparía hasta la Pampa. ¡Bueno! —continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido del Tucumán—. ¡Allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo; y también beberé porque el diablo se lleve a Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirle!

Y diciendo esto, se echó a la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el

tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palan-gana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una grave-dad que parecía ajena al carácter del joven, escribió dos cartas, las dobló, púsoles el sobre, y entró a la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentía. Al mismo tiempo, la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigotes en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzón de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver a Daniel de pie en medio de la sala, y sobre el sofá un hombre tendido y manchado de sangre.

—Yo creo, Pedro, que no es a usted a quien puede asus-tarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay más que un amigo mío a quien unos bandidos acaban de herir grave-mente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tío el coronel Sáenz, padre de Amalia?

—Catorce años, señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junín, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

—¿A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted más cariño y más respeto: a Belgrano, a San Martín o a Bolívar?

—Al general Belgrano, señor —contestó el viejo soldado sin vacilar.

—Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mí una hi-ja y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

—Señor, yo no puedo ofrecer más que mi vida, y esa está siempre a la disposición de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

—Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no sólo valor, sino prudencia y, sobre todo, secreto.

–Está bien, señor.

–Nada más, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazón honrado, que es valiente, y, sobre todo, que es patriota.

–Sí, señor; patriota viejo –dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

–Bien; vaya usted –continuó Daniel–, y sin despertar a ningún criado ensille usted uno de los caballos del coche, sáquelo hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese y venga.

El veterano llevó su mano a la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y dando media vuelta, marchó a ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos después, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el portón de la quinta y en seguida apareció en la sala cubierto con su poncho el viejo soldado de quince años de combates.

–¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorta?

–¿Tras de San Juan?

–Allí.

–Sí, señor.

–Pues irá usted a ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta diciendo que, mientras se prepara el doctor, usted va a una diligencia, y volverá a buscarlo. En seguida pasará usted a mi casa, llamará despacio a la puerta, y a mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento, le dará usted esta otra carta.

–Bien, señor.

–Todo esto lo hará usted a escape.

–Bien, señor.

–Otra cosa más. Le he dado a usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar antes que dejarse arrancar esa carta.

–Bien, señor.

–Nada más ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche –dijo Daniel mirando un reloj que estaba colocado sobre

el marco de una chimenea—, a la una y media usted puede estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma venia que anteriormente, y salió. Algunos segundos después sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovía con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal a su prima de pasar al gabinete inmediato, y después de recomendar a Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

—Ya sabes cuál ha sido mi elección; ¿a quién otro podría llamar que nos inspirase más confianza?

—¡Pero, Dios mío, comprometer al doctor Alcorta! —exclamó Eduardo—. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se expongan por ella una mujer como tu prima y un hombre como nuestro maestro.

—¡Estás sublime esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá más que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos a los buenos, y los pícaros se deben a los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado a dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queremos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

—Pero Alcorta no se ha comprometido, y sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

—Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos, y que ha sido educado en la universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpitante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su virtud patricia, de su con-

ciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desde la cátedra, él ha encendido en nuestro corazón el entusiasmo por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han arrojado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta. Frías es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi, Gutiérrez, Irigoyen son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de exponer tu vida por huir de la patria antes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificación de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y... pero ¡bah, qué tonterías estoy hablando! —exclamó Daniel al ver dos gruesas lágrimas que corrían sobre el rostro cadavérico de Eduardo—. ¡Vaya! ¡Vaya! No hablemos más de esto. Déjame hacer las cosas a mí solo, que si nos lleva el diablo nos llevará a todos juntos; y a fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos Aires. Descansa un momento, mientras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima que, al ver las de su amigo, había brotado de la exquisita sensibilidad de este joven, que más tarde haremos conocer mejor a nuestros lectores.

—Daniel —le dice Amalia al entrar al gabinete, parada y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro—, yo no sé qué hacer, tú y tu amigo estáis cubiertos de sangre, necesitáis mudaros, y yo no tengo más trajes que los míos.

—Que nos sentarían perfectamente, si nos dices también un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá.

Y llevando a su prima a un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó a su lado y continuó:

—Dime, Amalia, ¿cuáles son los criados en que tienes una perfecta confianza?

—Pedro, Teresa, una criada que he traído de Tucumán, y la pequeña Luisa.

—¿Cuáles son los demás?

—El cochero, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan de la quinta.

—¿El cochero y el cocinero son hombres blancos?

—Sí.

—Entonces, a los blancos por blancos, y a los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

—¿Pero crees tú...?

—Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia: tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de mal humor se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta a las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca. Venecia, en tiempo del consejo de los Diez, se hubiese condolido de la situación actual de nuestro país. Sólo hay en la clase baja una excepción, y son los mulatos; los negros están ensoberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propensión que hay en cada raza mezclada a elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, a que siempre toman ellos por modelo.

—Bien, los despediré mañana.

—La seguridad de Eduardo, la mía, la tuya propia, lo exigen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado a un desgraciado, y...

—¡Oh, no, Daniel, no me hables de eso! ¡Mi casa, mi fortuna, todo está a la disposición tuya y de tu amigo!

—No puedes arrepentirte —decía—, y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegación, no

dé armas contra ti a nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir a tus criados, te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa, sino los días indispensables que determine el médico: dos o tres, a lo más.

—¡Tan pronto! ¡Oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y sería asesinarlo levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así; recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mías.

—¡Gracias, gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no convenga que Eduardo permanezca aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora, es necesario que vayamos a preparar la cama en que se habrá de acostar después de su primera curación.

—Sí., por acá; ven —y tomando una luz pasó con Daniel a su alcoba, y de ésta a su tocador.

Pero antes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones.

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado, de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte interior, y otras de raso azul muy bajo, hacia los vidrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, o las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido verde y blanco, era tan espeso que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa, de caoba labrada, de cuatro pies de ancho y dos de alto, se veía en la extremidad del

apuesto, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de Cambrey. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de metal plateado, en línea perpendicular con la cama, y de la corona se desprendían las ondas de una colgadura de gasa de la India con bordaduras de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa, que parecía una tenue neblina abrigada por un rayo del sol. Entre la cama y el muro de la pared había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal, una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado a fuego, y delante de la cama, estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies de la cama se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego, una papelería con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo a la sala, se descubrían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y, por último, una mesa de palo de naranjo apenas de dos pies de diámetro, colocada a la extremidad de la otomana, contenía, sobre una bandeja de porcelana de la India, un servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada. Otra cosa, la más preciosa de todas, completaba el ajuar de este aposento, y era un par de zapatitos de cabritilla oscura bordados de seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada: eran los zapatos de levantarse

Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto a ésta.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían a un lado y al otro del espléndido tocador, cuyas porcelanas y cristales había desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y a continuación de ella una bañera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañera; y los otros, frente a los espejos de los guardarropas; y un sofá pequeño, elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hacia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba brillaban ocho pebeteros de oro cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirables. Seis magníficos cuadros de paisaje y cuatro jilgueros dentro de jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba a un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespón celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos había una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormía Luisa, joven destinada por Amalia a su servicio inmediato.

Ahora sigámosla, que entra en el aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que tomando una llave de sobre una mesa abre la puerta de ese aposento que da al patio, y atravesándolo con Daniel, llega al frente opuesto a sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta en un corredor que cuadraba a aquél, entra, siempre

con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, a un aposento amueblado.

—Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo que vino del Tucumán y partió de regreso hace tres días. Este aposento tiene todo cuanto puede necesitar Eduardo.

Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y arregló todo en la habitación, mientras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo, y el comedor que le seguía, cuya puerta al zaguán estaba enfrente de aquélla de la sala, por donde una hora antes había entrado él con Eduardo en los brazos.

—¿A dónde mira esta ventana? —preguntó a su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba a ocupar Eduardo.

—Al corredor por donde se entra de la calle a la quinta, por el gran portón. Sabes que todo el edificio está separado, hacia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el portón, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí que ha salido Pedro.

—Es verdad, lo recuerdo... pero... ¿no oyes ruido?

—Sí... Son...

—Son caballos a galope... —y el corazón de Amalia le batía en el pecho con violencia.

—Es probable que... Se han parado en el portón —dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago, y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

—¡Quién será, Dios mío! —exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena en la tarde.

—Ellos —dice Daniel, que había pegado su cara a los vidrios de la ventana.

—¿Quiénes?

—Alcorta y Pedro..., ¡oh! ¡el bueno, el noble, el generoso Alcorta! —y corrió a traer la luz que había ocultado.

En efecto, era el viejo veterano de la Independencia, y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo. Pedro hízole entrar por el portón, llevó los caballos a la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenía la llave.

—¡Gracias, señor! —dice Daniel, saliendo a encontrar al doctor Alcorta en el medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

—Veamos a Belgrano, amigo mío —dijo Alcorta, apresurándose a cortar los agradecimientos de Daniel.

—Un momento —dijo éste, conduciéndole de la mano al aposento donde permanecía Amalia, mientras el viejo Pedro los seguía con una caja de jacarandá debajo del brazo—. ¿Ha traído usted, señor, cuanto cree necesario para la primera curación, como se lo supliqué en mi carta?

—Creo que sí —respondió Alcorta, haciendo una reverencia a Amalia—, lo único que necesitaré son vendajes.

Daniel miró a Amalia, y ésta partió volando a sus habitaciones.

—Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí antes del reconocimiento?

—Es necesario —respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

—Pedro —dijo Daniel—, espere usted en el patio; o más bien, vaya usted a enseñar a Amalia cómo se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, señor, ya debo decir a usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son "oficiales".

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apenas.

—¿Cree usted que no lo he comprendido ya? —respondió, y una nube de tristeza empañó ligeramente su semblante...— Veamos a Belgrano, Daniel —dijo después de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio y entró a la sala por la puerta que daba al zaguán.

En este momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas, lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve penosamente la cabeza y, al ver a Alcorta de pie junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

—Quieto, Belgrano —dijo Alcorta con voz conmovida y llena de cariño—; quieto, aquí no hay otro que el médico.

Y sentándose a la orilla del sofá examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

—¡Bueno! —dijo al fin—, vamos a llevarlo a su aposento.

A ese tiempo, entraban a la sala por el gabinete Amalia y Pedro. La joven traía en sus manos una porción de vendas de género de hilo no usado todavía, que habla cortado según las indicaciones del veterano.

—¿Le parecen a usted bien de este ancho, doctor? —preguntó Amalia.

—Sí, señora. Necesitaré una palangana con agua fría y una esponja.

—Todo hay en el aposento.

—Nada más, señora —dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la expresión del reconocimiento a sus officiosos cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron a Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron a la habitación que se le había destinado, mientras Amalia quedó de pie en la sala sin atreverse a seguirlos.

Pálida, bella, oprimida por las sensaciones que habían invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó a separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habían puesto en confusión su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, compasión, admiración, todo esto había pasado por su espí-

ritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no había sentido en toda su vida impresiones tan imprevistas y violentas; y a quien la naturaleza, sin embargo, había dado una sensibilidad exquisita, y una imaginación poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podían ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.

Y mientras ella comienza a darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre había pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

—No es nada —dijo después de sondar la que encontró sobre el costado izquierdo—; la espada ha resbalado por las costillas sin interesar el pecho.

—Tampoco es de gravedad —continuó después de inspeccionar la que tenía sobre el hombro derecho—, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

—Veamos el muslo —prosiguió.

Y a su primera mirada sobre la herida, de diez pulgadas de extensión, la expresión del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos a lo menos examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corría a lo largo del muslo.

—¡Es un hachazo horrible! —exclamó—, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente.

Y en seguida lavó él mismo las heridas, e hizo en ellas la curación que se llama de primera intención, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas que había traído en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento sintióse detenerse caballos frente al portón, y la atención de todos, a excepción de Alcorta, que

siguió imperturbable el vendaje que hacía sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

—¿A él mismo entregó usted la carta? —preguntó Daniel dirigiéndose a Pedro.

—Sí, señor, a él mismo.

—Entonces salga usted a ver. Es imposible que sea otro que mi criado.

Un minuto después, volvió Pedro acompañado de un joven de diez y ocho a veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picaresca, y que, a pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando cándidamente ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gauchito, sin chiripá ni calzoncillos.

—¿Has traído todo, Fermín? —le preguntó Daniel.

—No ha de faltar nada, señor —le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entonces a sacar del lío la ropa interior que necesitaba Eduardo y a vestirle con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curación. Y en seguida, entre los dos, colocaron a Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermín y en pocos momentos se lavó y mudó de pies a cabeza, con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar a Pedro disposiciones sobre cuanto debía de hacer, relativas a los demás criados, a limpiar la sangre de la sala, a quemar las ropas ensangrentadas, etc.

Eduardo, entretanto, comunicaba a Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas antes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oía la horrible relación que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debía traer el duelo y el espanto a la infeliz Buenos Aires.

—¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? —le preguntó a Eduardo.

—No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero si no es así, él no puede saberlo porque Oliden fue el único que se entendió con él.

—Eso me inquieta un poco —dijo Daniel, que acababa de oír la relación que hacía Eduardo—, pero todo lo aclararemos mañana.

—Es preciso mucha circunspección, amigos míos —dijo Alcorta—, y sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

—Nada sobrevendrá, señor. Sólo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba a perder la vida; y Dios no hace las cosas a medias. El acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

—¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir! —dijo Alcorta paseando sus miradas de Eduardo Belgrano a Daniel Bello, dos de sus más queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegación, que en el espíritu de ellos habían sembrado sus lecciones.

—Es necesario que Belgrano descanse —continuó—. Antes del día sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana, al mediodía, volveré —dijo pasando su mano por la frente de Eduardo, como pudiera hacerlo un padre con un hijo, y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Después de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

—¿Cree usted, señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

—Ninguno absolutamente; pero su curación podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras llegaron a la sala, donde Alcorta había dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdían entre los rizos de su cabello castaño claro.

—Señor, esta señora es una prima hermana mía, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

—En efecto —dijo Alcorta, después de cambiar con Amalia algunos cumplimientos, y sentándose al lado de ella—, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar que entre ustedes hay también mucha afinidad de alma, pues observo, señora, que usted sufre en este momento porque ve sufrir; y esta impresionabilidad del alma, esta propensión simpática, es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entrecortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquélla recibía de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo para ir de un salto al aposento de éste.

—Eduardo, yo necesito retirarme, y voy a acompañar a Alcorta. Pedro va a quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana a la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el día; pero mandaré a mi criado a saber de ti. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

—Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas a nadie en mi mala fortuna.

—¿Volvemos? Tú tienes más talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces más que tú. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

—Nada, ¿has hecho que tu prima se recoja?

—¡Adiós! ¿Ya empezamos a tener cuidados por mi prima?

—¡Loco! —dijo Eduardo sonriendo. Vete y consérvate para mi cariño.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

Daniel hizo señas a Pedro y a Fermín, que permanecían en un rincón del aposento, y salió al patio con ellos.

—Fermín: toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro: dejo al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejo confiada al valor de usted la defensa de su vida si sobreviniese algún accidente. Puede ser que los que asaltaron a Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular, y puede ser también que algunos de ellos quieran vengar a los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

—Puede ser, señor, pero a la casa de la hija de mi coronel no se entra a degollar a nadie, sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

—¡Bravo! Así me gustan los hombres —dijo Daniel apretando la mano del soldado—. Cien como usted, y yo respondería de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el portón cuando hayamos salido; ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana, señor!

Alcorta estaba ya de pie despidiéndose de Amalia, cuando volvió Daniel.

—¿Nos vamos ya, señor?

—Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

—Perdón, señor, tengo necesidad de ir a la ciudad y aprovecho esta circunstancia para que vayamos juntos.

—¡Bien, vamos, pues! —dijo Alcorta.

—Un momento, señor. Amalia: todo queda dispuesto; Fermín vendrá a mediodía a saber de Eduardo y yo estaré aquí a las siete de la noche. Ahora recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

—¡Oh! ¡Yo no temo sino por ti y por tu amigo! —le contestó Amalia, llena de animación.

—Lo creo, pero nada sucederá.

—¡Oh! ¡El señor Daniel Bello tiene grande influencia! —dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y expresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginación y de talento.

—¡Protegido de los señores Anchorena, consejero de Su Excelencia el señor ministro Don Felipe y miembro corres-

ponsal de la Sociedad Popular Restauradora! –dijo Daniel con tan afectada gravedad que no pudieron menos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

–Ríanse ustedes –continuó Daniel–, pero yo no, pues sé prácticamente lo que esas condecoraciones sirven en mí para...

–Vamos, Daniel.

–Vamos, señor. Amalia, ¡hasta mañana!

E imprimió un beso en la mano que le extendió su prima.

–Buenas noches, doctor –dijo Amalia acompañándolos hasta el zaguán, de donde atravesaron el patio, y salieron por la puerta de hierro que daba a la quinta, doblando luego a la izquierda, y llegando al corredor del portón donde Fermín los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba a la quinta, como se sabe, paróse y vio al viejo veterano de la Independencia sentado a la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver a la sala sin echar desde el zaguán una mirada hacia el aposento en que reposaba su huésped. En seguida, volvióse paso a paso a sus habitaciones a esconder, entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Ticiano, y cuyo cutis, luciente como el raso, tenía el colorido de las rosas y parecía tener la suavidad de los jazmines.

Entretanto, maestro, discípulo y criado habían enfilado, a gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo a la ciudad por aquella barranca de Balcarce que, doce años antes, había visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir a sellar con sangre el origen de los males futuros de la patria, tiraron las riendas de sus caballos a la puerta de la casa del señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador.

Allí, maestro y discípulo se despidieron, cambiando algunas palabras al oído: y Daniel, seguido de Fermín, tomó por el Mercado, salió a la calle de la Victoria, dobló a la

izquierda, y, a poco andar, Fermín bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

Texto 5

[“El gaucho malo” aparece en el capítulo segundo de la primera parte de la novela *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. El gaucho malo es uno de los tipos de gaucho que describe Sarmiento. Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, Roberto Yahni, ed. (Madrid: Cátedra, 1990), pp. 88-90.]

EL GAUCHO MALO

Éste es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un *squatter*, un misántropo particular. Es el *Ojo de Halcón*, el *Trampero* de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su aversión a las poblaciones de los blancos, pero sin su moral natural y sin sus conexiones con los salvajes. Llámánle el *gaucho malo*, sin que este epíteto lo desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. Es un personaje misterioso: mora en la pampa, son su albergue los cardales, vive de perdices y *mulitas*; si alguna vez quiere regalarse con una lengua enlaza una vaca, la voltea solo, la mata, saca su bocado predilecto y abandona lo demás a las aves mortecinas. De repente, se presenta el gaucho malo en un pago de donde la partida acaba de salir: conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee de los *vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el gaucho malo es un parejero *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez, de improviso, entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de

los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo, para sustraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. A veces, se presenta a la puerta de un baile campestre, con una muchacha que ha robado; entra en baile con su pareja, confúndese en las mudanzas del *cielito*, y desaparece sin que nadie se aperciba de ello. Otro día se presenta en la casa de la familia ofendida, hace descender de la grupa a la niña que ha seducido, y, desdeñando las maldiciones de los padres que le siguen, se encamina tranquilo a su morada sin límites.

Este hombre divorciado con la sociedad, proscrito por las leyes; este salvaje de color blanco, no es, en el fondo un ser más depravado que los que habitan las poblaciones. Él osado prófugo que acomete una partida entera es inofensivo para con los viajeros. El gaucho malo no es un bandido, no es un salteador; el ataque a la vida no entra en su idea, como el robo no entraba en la idea del *Churriador*: roba, es cierto; pero ésta es su profesión, su tráfico, su ciencia. Roba caballos. Una vez viene al real de una tropa del interior: el patrón propone comprarle un caballo de tal pelo extraordinario, de tal figura, de tales prendas, con una estrella blanca en la paleta. El gaucho se recoge, medita un momento, y después de un rato de silencio contesta: "No hay actualmente caballo así". ¿Qué ha estado pensando el gaucho? En aquel momento, ha recorrido en su mente mil estancias de la pampa, ha visto y examinado todos los caballos que hay en la provincia, con sus marcas, color, señales particulares, y convenciéndose de que no hay ninguno que tenga una estrella en la paleta: unos las tienen en la frente; otros, una mancha blanca en el anca. ¿Es sorprendente esta memoria? ¡No! Napoleón conocía por sus nombres, doscientos mil soldados, y recor-

daba, al verlos, todos los hechos que a cada uno de ellos se referían. Si no se le pide, pues, lo imposible, en día señalado, en un punto dado del camino, entregará un caballo tal como se le pide, sin que el anticiparle el dinero sea un motivo de faltar a la cita. Tiene sobre este punto, el honor de los tahúres sobre las deudas. Viaja a veces a la campaña de Córdoba, a Santa Fe. Entonces se le ve cruzar la pampa con una tropilla de caballos por delante: si alguno lo encuentra, sigue su camino sin acercársele, a menos que él lo solicite.

Texto 6

[Fragmento del capítulo XV de la novela sentimental *María* de Jorge Isaacs. El protagonista se encuentra triste por la enfermedad de su amada y el paisaje natural refleja sus sentimientos. Jorge Isaacs, *María*, Donald McGrady, ed. (Madrid: Cátedra, 1995), pp. 81-82.]

Cuando salí al corredor que conducía a mi cuarto, un cierzo impetuoso columpiaba los sauces del patio; y al acercarme al huerto, lo oí rasgarse en los sotos de naranjos, de donde se lanzaban las aves asustadas. Relámpagos débiles, semejantes al reflejo instantáneo de un broquel herido por el resplandor de una hoguera, parecían querer iluminar el fondo tenebroso del valle.

Recostado en una de las columnas del corredor, sin sentir la lluvia que me azotaba las sienes, pensaba en la enfermedad de María, sobre la cual había pronunciado mi padre tan terribles palabras. ¡Mis ojos querían volver a verla como en las noches silenciosas y serenas que acaso no volverían ya más!

No sé cuánto tiempo había pasado, cuando algo como el ala vibrante de un ave vino a rozar mi frente. Miré hacia los bosques inmediatos para seguirla: era un ave negra.

Mi cuarto estaba frío; las rosas de la ventana temblaban como si se temiesen abandonadas a los rigores del tempestuoso viento: el florero contenía ya marchitos y desmayados

los lirios que en la mañana había colocado en él María. En esto una ráfaga apagó de súbito la lámpara, y un trueno dejó oír por largo rato su creciente retumbo, como si fuese el de un carro gigante despeñado de las cumbres rocallosas de la sierra.

En medio de aquella naturaleza sollozante, mi alma tenía una triste serenidad.

Texto 7

[Fragmento del capítulo IX con el título “En el lago Chimano” de la novela indianista *Cumandá* de Juan León de Mera, en el que se describen las costumbres de los indios y su relación con la naturaleza. Juan León Mera, *Cumandá*, (Madrid: Alba, 1989), pp. 87-100.]

En el lago Chimano

Mucho antes del alba estuvo el campo alzado, y las tribus moviéndose en sus ligeros vehículos sobre las majestuosas olas del Pastaza. Era toda una población blandamente transportada en las palmas de unas cuantas divinidades acuátiles, en premio de lo piadoso del objeto de la peregrinación.

A poco la luna, avergonzada de ser sorprendida por el día, según la poética expresión de los indios, se ocultó bajo los velos de candidas nubes que para recibirla desplegaba el occidente. El sol, antes de levantarse, tendió por los etéreos espacios y por la superficie de las selvas su inmensa aureola de luz vaporosa y suave, que ensanchándose en magníficos radios la abarcaba en casi toda su extensión. Brilló el astro en el horizonte; la aureola se convirtió en ondas de luz deslumbradora que inundaron toda la creación; y el azul de los cielos, y la verdura de los bosques, y la candidez de las nubes que sobre ellos se arrastraban, y el limpio cristal de los dormidos ríos, y el perfil de las remotas montañas, parecían estremecerse de gozo al contacto de los vivificantes rayos solares.

La navegación fue rápida como en el día anterior. Las hermosas islas, esas ninfas abrazadas y acariciadas eternamente por los dioses de las ondas, iban apareciendo más frecuentes. En el seno de una de ellas asomó un *amarun* que, huyendo de la multitud de canoas, se escondió en la espesura arrastrándose como una enorme viga de color ceniciento. Las mujeres y los niños dieron gritos de espanto, y los indios dispararon algunos inútiles flechazos. Luego dejaron a la izquierda el río Huarumo y a la derecha el Huasaga, y a poco, cuando la tarde estaba apenas mediada, llegaron a la desembocadura de un angosto canal que encadena el Pastaza con el lago Chimano, sin que pueda saberse si éste da sus aguas al río, o el río conserva el depósito de las del lago: tan dormidas permanecen las ondas que los juntan.

Sin embargo, el canal no es navegable sino cuando las crecidas del Pastaza le hinchan y dan hondura. En los días en que lo estamos visitando con la memoria, la escasez de aguas no consentía surcar fácilmente ni la más ligera canoa, tanto que las destinadas a la fiesta hubieron de ser llevadas a remolque, no sin bastante trabajo, quedando las muy pesadas y de gran magnitud atadas a la ribera del río. Los indios pinches, más vecinos al Chimano, habían recibido anticipadamente la comisión de desembarazar una buena extensión de su orilla meridional de la alta y espesa enea²⁵, y de otros matorrales y aun árboles en que abunda, de preparar muchos materiales para las barracas que debían construirse, y de ayudar en el remolque de las naves. Sin embargo de este auxilio, la operación de transportar tantas familias y tanta abundancia de útiles como todos llevaban para la vida y para la fiesta, se prolongó hasta muy avanzada la noche.

Con la aurora siguiente se despertó el afán de todas esas tribus, que no obstante formar por entonces un solo pueblo, no se mezclaban ni confundían. No cabe inquietud mayor, pues si se dice que semeja a ese ir, venir y agitarse de un hormiguero que quiere aprovechar los últimos días del buen tiempo para hacer sus provisiones de invierno, es poco decir

al compararla con la de aquella multitud de salvajes ocupados en disponerse para los festejos y ceremonias que deben comenzar a mediodía en punto. Los primeros rayos del Sol hallaron levantada, como por obra de magos, una pintoresca al par que extraña población, en el punto en que la víspera, a esas horas, no había sino malezas donde las aves acuáticas ocultaban sus nidos, y donde se arrastraban monstruosos reptiles que ahuyentaban la presencia del hombre. Las aves huyeron también de los inesperados huéspedes, y los peces descendieron asustados a lo más recóndito de sus cavernas; pero ni a las primeras la fuga ni a los otros su escondite los libraron de los cazadores y pescadores: las flechas y el *barbasco* los destrozaron; de ellas atravesadas rodaban las aves desde las más encumbradas copas de los árboles, y narcotizados los peces con el zumo de la venenosa yerba, surgían a la superficie del lago, vueltos al sol los plateados vientres, y lasas y caídas las aletas. Las tardas tortugas sufrieron mayor estrago de manos de los salvajes, y les dieron mayor provecho, pues su carne es por ellos apetecida.

Ábrese el Chimano en elíptica figura, y, tendido de Este a Oeste, cuando el viento agita sus ondas, las desarrolla sobre hermosas playas, o bien, por algunos costados, van a chocar con trozos de rocas o árboles seculares, y se rompen sonantes y espumosas. En algunas partes se puede saltar fácilmente a una canoa, o de ésta a tierra, pues la naturaleza ha puesto cómodos muelles en las salientes raíces o en los árboles que el peso de los siglos o la furia del huracán han obligado a inclinarse sobre las aguas.

Las cabañas, ramadas y toldaduras piramidales, cubiertas las primeras de variedad de hojas y ramas y de la enea cortada en la misma orilla, y las otras de diversas telas debidas a la industria del hombre, o bien tejidas por la naturaleza, formaban una línea curva, cuyos extremos se avvicinaban al lago. La parte central tocaba a los límites de la playa, al principio de la selva, dejando despejado un gran

espacio a la manera de una ancha plaza destinada para las ceremonias, danzas y juegos de la fiesta.

Grande número de canoas atracadas a la ribera y adornadas de ramos olorosos, flores y plumas que competían en la riqueza y variedad de los matices, estaban listas a obedecer al remo y romper los cristales del Chimano que las retrataba. Una balsa de mayores dimensiones que las comunes y atada a un robusto poste, se movía en grave compás en medio de las otras barquillas. Al centro de ella se elevaba un asiento forrado de piel de tigre y con espaldar de entrelazados arcos y picas. Los bordes de la rústica barca eran verdes festones, airosos penachos y chapas de infinidad de lindas conchas de tortuga y gayas pellejas de culebra; de ellos se desprendían enhiestas veinte lanzas de chonta con cabos barnizados de rojo, y de cada lanza pendiente una cabeza de enemigo disecada, que parecía ceñuda al presenciar el festín del terrible guerrero que a tal ignominia la trajo. De una asta a otra y engarzados en hilo de *chambira* columpiaban blancas azucenas, frutas en sazón, pintadas aves y relucientes pececillos. Tal era el trono flotante del rey de la fiesta; algo de miedosa grandeza había en él, y era digno sin duda del anciano *curaca* que iba a ocuparlo.

Todo el mundo sabía que éste era Yahuarmaqui; y no obstante, había que sujetarse a una antigua y respetada costumbre, cual era la de la elección del jefe de los jefes de todas las tribus. El sol no solamente se había encumbrado a lo más alto del cielo, sino que comenzaba a inclinarse a la parte donde cada mes se hace visible, al fin de la tarde, su hermana la luna, cual breve ceja luminosa, y la sombra de todos los objetos iba tendiéndose al Oriente. El son del tamboril y el pito anunció el momento de la elección. Pusieronse de pies y formando círculo todos los *curacas* y los guerreros más notables, vestidos de gala: llevaban el pecho, los brazos y piernas desnudos, y desde el rostro todos pintarrajados de caprichosas figuras hechas con la roja tintura del *achiote* y el jugo de *zula* color de cielo; la cabeza empena-

chada o ceñida del lujoso *tendema*; el cinto y el delantal recamados de lustrosas simientes de *copal* y de huesecillos de *tayo*, semejantes a cañutillos de porcelana; gargantillas de dientes de micos; brazaletes de finísimos mimbres; a la espalda el carcaj henchido de cien muertes, en la siniestra la rodela forrada de piel de *danta*, larga pica en la diestra, en la frente la expresión del valor temerario y del orgullo salvaje en que rebosa su férreo corazón.

Una segunda señal del tamboril, y comienza la votación: uno a uno van los concurrentes hacia Yahuarmaqui que se halla entre ellos; le dirigen alguna palabra o frase que motiva el voto, como: «Eres valiente»; «Eres como el rayo»; «Has vencido a muchos enemigos». Clava cada uno en tierra la pica y vuelve a su puesto. Al fin una selva de esas armas, de las que penden cordones y cabelleras humanas, rodea al anciano de las manos sangrientas. El guerrero más benemérito cuenta los votos y proclama al elegido, quien entre mil gritos de entusiasmo y al son de rústicos instrumentos, que repercuten las selvas en eco prolongado, salta a la balsa y ocupa su asiento.

Acude y apíñase a la orilla del lago la multitud radiante de gozo y sedienta de curiosidad. No hay quien no ostente lo mejor de sus galas; todo brillo; los más vivos y gayos colores se hallan caprichosamente mezclados; aquello es un jardín en que todas las flores han abierto a un tiempo sus corolas a recibir el vivificante calor del sol en medio día. Algunos jóvenes guerreros tienen en alto sus lanzas con penachos volantes y borlas purpúreas. Las doncellas forman grupos entre las de su edad, y parecen lindos cisnes que han salido de las aguas a secarse sobre el mullido césped. Las madres alzan en brazos a sus hermosos niños y les enseñan al jefe de la fiesta, tendiendo ellas mismas el cuello cargado de gargantillas para alcanzar a verle mejor; los chicos sueltan el redondo pecho que queda goteando dulce néctar, y dirigen con asombro las miradas al punto señalado; o bien muchos se encogen asustados y hunden las cabecitas entre el

cuello y hombro de las madres, como el pichón que quiere ocultarse entre las plumas de la paloma.

Unos cuantos indios, para contemplar de mejor punto las ceremonias, se han embarcado y están en larga hilera delante del trono del anciano jefe. Hállase, entre ellos, Carlos buscando con inquietos ojos lo que le interesa más que el rey de la fiesta y que la fiesta misma.

Las canoas en que los mancebos y las vírgenes deben desempeñar su importante papel, están ocupadas por sus dueños. Los primeros se hallan solos y se bastan para el manejo del remo; las vírgenes, menos una sola, llevan consigo un remero, y en su porte y semblante muestran vergüenza y cobardía. La excepción es Cumandá: como sabe dominar las olas, así hendiéndolas con el remo como rompiéndolas a nado, irá sola: irá; pero aún está vacía su canoa. Todos lo notan y nadie sabe a qué atribuirlo. ¿Por qué esa tardanza en concurrir a su puesto? El carácter exigente de los salvajes comienza a manifestarse en una sorda murmuración.

Pero al fin asoma la joven y salta con gallardía a su nave, que tiembla como una hoja. Todas las miradas se vuelven a la hija de Tongana. ¡Qué belleza y qué gracias las suyas! Es no solamente la virgen de las flores, sino la reina de todas las vírgenes de la fiesta, cuyo encogimiento crece en su presencia. Lleva el ondeado cabello suelto al desgaire y ceñida la cabeza de una ancha faja recamada de alas de moscardones, que brillan como esmeraldas, amatistas y rubíes; igual adorno le cruza el blanquísimo pecho, y sujeta a la flexible y breve cintura una ligera túnica blanca; penden del cuello y rodean brazos y piernas, graciosas cadenillas y sartas de *jaboncillos* partidos, negros y lustrosos como el azabache, y de otras simientes de colores que, entre los libres hijos del desierto, se aprecian más que las preciosas joyas de oro y diamantes entre los esclavos de la moda civilizada. Pálida está la virgen; en sus ojos y mejillas hay muestras de haber llorado; en toda su expresión hay claras

señales de oculta pena. Sin embargo, se esfuerza por cobrar ánimo, y se reviste de cierta dignidad que aumenta quilates a sus gracias. De pies en la barquilla y ligeramente apoyada en el remo, ve a la deshilada con desdén el trono del viejo *curaca*, a cuyas plantas debe arrojar luego las frescas y lindas flores que la cercan.

En tanto, en la ribera el padre de la encantadora joven hablaba a media voz con uno de sus hermanos:

—El aborrecido blanco está allí en su canoa—le decía—; ya no cabe duda que es él quien ha engañado el corazón de tu hermana, y que ella le ama.

—¿Qué duda cabe?—contestaba el mancebo—: ya te he dicho cómo sorprendí a entrambos hablando cual si fuesen antiguos amigos allá junto a las palmas del Palora, en la corteza de las cuales hallé grabadas, probablemente por el blanco extranjero, unas líneas mágicas que Cumandá besó al retirarse. Amontóné ramas secas al pie de las palmas y las quemé.

—Tu hermana es una indigna y tú obraste muy bien. ¿Qué otra cosa has observado?

—¿Pues no lo viste tú también? Cuando al venimos vio Cumandá el montón de cenizas, palideció, suspiró y lloró.

—¡Hija loca y mala! ¡luego llorará mucho más!...

—Después, cuando dormíamos a la orilla del Airocumo, a la hora en que la madre luna comenzaba a descender y todos parecían difuntos de puro inmóviles por el cansancio y el sueño, Cumandá salió de nuestra ramada y se dirigió a tientas a la canoa donde yacía el blanco, y habló con él. La seguí, y tuve el arco tendido largo tiempo aguardando, para dispararlo, ver en qué paraba esa conversación; pero sólo parecía que lloraban ambos y me contuve.

—Hiciste mal.

—¿Qué? ¿y no habría sido malo, además, manchar estos días sagrados con sangre de gente?

—No, porque matar a un enemigo odiado nunca es mal visto ni por los genios buenos —observó el anciano con sequedad.

—En tal caso ¿no llevarías a mal que en cualquiera de estos días enviase yo al blanco extranjero al país de las almas?

—Hijo, sabe que he jurado odio eterno a la raza blanca, y nada me importan los días sagrados con tal que pueda hacerla algún daño. Ese extranjero debe morir a nuestras manos, y morirá. Si para conseguirlo es preciso que perezca Cumandá; perezca también. Mi hija tiene la desgracia de parecerse a las mujeres de aquella maldita raza.

—¡Padre! —dijo sorprendido el joven indio—, en cuanto al extranjero, te ofrezco que... ¡Ah, padre!... pero en cuanto a mi hermana...

—Tu hermana, sí, no podría morir a tus manos; pero... En fin, ¿matarás al blanco?

—¡Mungía me trague, si no lo mato!

—Bien, hijo, bien; persuádate que harás una buena acción. Pero en vez de temer que los genios de las selvas se enojen de ver manchados con sangre los días de la fiesta de las canoas, es preciso evitar la cólera del jefe de los jefes; pues además de ser dueño de la fiesta, los andoas son sus aliados, y el extranjero vive querido entre ellos, por donde vendría sin duda el enojo de Yahuarmaqui contra el matador de aquél.

—Emplearé toda prudencia.

—Sí, hijo: que no se vea la mano que le hiera o que el hecho parezca tan casual, que nadie se atreva a acusarte. ¿Sabes ya el nombre del extranjero?

—Se llama Carlos; pero ignoro su apellido.

—Carlos —murmuró el viejo inclinando la cabeza en actitud pensativa.

El son de los agrestes instrumentos interrumpió la conversación. Comenzaron a moverse las canoas y empezó la fiesta, y por todas partes sonaban voces de alegría. El hijo de Tongana saltó a su barquilla y se internó y mezcló entre los

demás salvajes que formaban el semicírculo delante de la balsa de Yahuarmaqui. En seguida un hermoso y robusto mancebo se apartó del grupo de las canoas, y en la suya, cargada de ricas armas, y en airoso caracoleo, en que se ostentó muy diestro remero, se acercó al jefe de los jefes y le dijo:

—Padre y maestro de la guerra, ¡oh Yahuarmaqui! dueño de la lanza que atraviesa al tigre y de la flecha certera; dueño de veinte cabezas y veinte cabelleras arrancadas a los enemigos; ilustre *curaca* de la temida tribu de los paloras, óyeme: vengo a nombre de los guerreros de las selvas y los ríos a presentarte en este día solemne el tributo de las armas, para que a tu vez lo entregues al gran genio bueno que en otro tiempo salvó a nuestros abuelos de las grandes lluvias y avenidas. Entre ellos hubo un guerrero. ¡Allá van las armas de la guerra!

Y tomándolas en haces las arrojó a los pies del anciano y se retiró.

Luego se presentó el mancebo que representaba a los cazadores; dirigió poco más o menos las mismas alabanzas a Yahuarmaqui, expresó el motivo de la ofrenda y concluyó añadiendo:

—De aquellas grandes aguas se salvó un cazador. ¡Allá van las armas de la caza!

Otros jóvenes desempeñaron igual papel a nombre de los pescadores, de los artesanos, de los que buscan granos de oro entre la arena y el légamo de los ríos, de los que extraen la cera de la palma y el laurel, de los ancianos que desean morir en los combates y evitar la ignominia de acabar la vida en un lecho, y, en fin, de la juventud (plantel en todas partes de esperanzas y aun de ilusiones), de la juventud que anhela imitar el valor y las hazañas de los viejos.

Tócales el turno de las ceremonias a las vírgenes. Una de ellas, bella y engalanada, pero encogida y temblando como una tórtola a la vista del milano, es conducida por el remero a la presencia del anciano jefe. Lleva el tributo de

objetos femeninos: gargantillas de varias simientes y de colmillos de animales, *huimbiacas*²⁷ y pendientes de huesecillos de pejes, y fajas con recamos de tornasoladas alas y cabezas de moscardones.

—Gran *curaca*— dice haciendo un esfuerzo para sobreponerse al susto y la vergüenza—: gran *curaca*, a cuya mirada tiemblan los enemigos más valientes como tímidos polluelos, obedecen los súbditos sin replicar, y caen las cabezas enemigas como las frutas de los árboles sacudidos por el viento; ¡oh Yahuarmaqui! amor de tus numerosas mujeres y respeto de las doncellas de todas las tribus, recibe estas ofrendas, estas labores de nuestras manos, en nombre del genio bueno de las selvas y las aguas, a quien las consagramos.

Preséntase a continuación la virgen de las frutas, no menos tímida y pudorosa:

—Curaca poderoso —dice—, gran jefe protegido de los genios benéficos; estos plátanos; estas granadillas que se han pintado del color del oro en la cima de los más altos árboles; estas uvas camaironas que son la delicia de todos los paladares; estos madroños y *huabas* y *badeas*: todas estas frutas en sazón te envían por mi mano los árboles, matas y enredaderas que se crían en las riberas de los ríos y en el silencio del desierto. Preséntalas al dios de las aguas y de los bosques, para que sea propicio a todas nuestras familias y tribus.

Viene después la virgen de los granos; síguenla las de las raíces y legumbres, y presentan sus ofrendas, precedidas de breves y expresivos discursos. Así a los mancebos como a las vírgenes contesta el viejo Yahuarmaqui, semejante en verdad a un genio silvestre que recibe culto de un pueblo de guerreros, cazadores y labriegos, alzando pausadamente ambas manos a la altura de la cabeza y juntándolas luego sobre el corazón en señal de aceptación y de agradecimiento, mas sin desplegar los labios, ni sonreírse, ni dirigir, ni aun a las tiernas doncellas, siquiera una mirada suave y halagadora; siempre grave y sombrío como cielo borrasco-

so, no desmiente en lo más mínimo ni su carácter ni su historia. Rebosando de gozo está; pero su gozo, oculto bajo la corteza de bronce de las pasiones materiales y bárbaras, no puede manifestarse. ¿Puede acaso brillar el diamante envuelto en una capa de arcilla? ¿puede un rayo de sol atravesar el muro de piedra de un calabozo?

La muchedumbre busca con ansia, entre las canoas, la de la virgen de las flores, que otra vez tarda en presentarse; no gusta a los salvajes que las huellas de espuma que deja una barca al retirarse del escenario, se desvanezcan antes que asome en él la que debe sucederla. Entre esa gente el cumplimiento de un deseo sigue al punto al deseo; para ella querer es obrar, pedir es tener derecho incontestable de recibir. El disgusto comienza a pintarse en todos los semblantes, y el de Yahuarmaqui se pone más en claro que el de costumbre.

Pero al cabo, como un quinde que ha estado entre el follaje y sale de súbito y se lanza al espacio, y con indecible rapidez hace idas y venidas, giros, espiras, zetas y cien figuras donairosas, batiendo como una exhalación las tornasoladas alas, y abriendo y cerrando las flexibles cintas de la bifurcada cola; así se presenta Cumandá, sola en su ligera barquilla de forma de lanzadera y cubierta de bellísimas flores. Cosa más linda, más fantástica, más encantadora, no han visto jamás las selvas del Oriente, ni las vieron las antiguas mitológicas ciudades de Europa y Asia, ni las modernas cultas sociedades. Esa joven es más que la virgen de las flores, más que la reina de la fiesta, más que un genio del lago; es un pedazo de sol caído en las ondas y convertido en ser mágico y divino que atrae todas las miradas, enciende todos los corazones y despierta todos los espíritus a una como adoración de que ninguno puede prescindir. La multitud da un grito de sorpresa y entusiasmo, y enmudece enseguida para disfrutar más de la maravilla que se mueve en las ondas. Yahuarmaqui queda como una estatua, y hasta en su frente de granito se dibuja al cabo el sacudimiento que sufre

en su interior a la presencia y movimientos magnéticos de la virgen de las flores. Ésta se acerca al anciano; se detiene, guarda silencio algunos minutos a causa de la fatiga que le ha ocasionado el manejo del remo, en el cual se apoya con la siniestra mano en ademán altivo y desdeñoso, mientras con la derecha acaricia y sujeta la sedeña cabellera con que juegan las brisas del Chimano, o bien se ajusta el levantado pecho, como para contener y calmar el corazón que le salta inquieto.

—Gran jefe de los paloras —dice al fin en voz melodiosa pero firme—; anciano venerable a quien el Dios bueno ha colocado en ese brillante asiento para que le represente en la fiesta de este día, escucha a la hija del desierto que se atreve a desplegar sus labios ante ti; las flores de los altos árboles; las de las plantas que viven adheridas a sus troncos; las de las enredaderas que forman columpios o suben a coronar las más erguidas palmas, o que las enlazan y unen con anillos y nudos amorosos, símbolo del destino de los amantes corazones; las flores que apenas alzan las cabezas del polvo de la tierra; las flores que se nutren de aire y las que navegan en las dormidas aguas; todas las flores de las selvas, ríos, lagunas y montañas, me han elegido para que te las presente. Míralas, ¡oh *curaca!*, lindas son como la niñez, frescas como el aliento de los buenos genios. Recíbelas, Yahuarmaqui, recíbelas grato; allá van todas a tus plantas.

Y Cumandá echa en la balsa del viejo guerrero una lluvia de *amancayes* y norbos, aromos y rosas, *tajos*, *palomillas* y otra infinidad de flores exquisitas y sin nombre que atesoran las selvas trasandinas.

Suenan por todos lados voces de aplauso; los tamboriles y pífanos expresan el entusiasmo público, y las canoas de los curiosos, como si fuesen impelidas por súbito viento, se aproximan a la canoa de la hechicera virgen. Todos quieren verla y oírle de cerca; todos ansían percibir la fragancia que despide, gozar de la luz que brilla en esos divinos ojos, en esa frente, en toda ella... Apresúranse muchos a coger las

hojas y los botones de las flores que, escapados de las manos de Cumandá, flotan en las ondas, y se disputan con tenaz porfía tan codiciadas reliquias, que las llevan a los labios o las ocultan en el pecho.

Texto 8

[Capítulo primero del poema *Martín Fierro* de José Hernández en el que se nos presenta al protagonista y se exalta el canto. José Hernández, *Martín Fierro*, Luis Sáinz de Medrano ed. (Madrid: Cátedra, 1994), pp. 111-114.]

Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento:
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Vengan santos milagrosos,
vengan todos en mi ayuda
que la lengua se me añuda
y se me turba la vista;
pido a mi Dios que me asista
en una ocasión tan ruda.

Yo he visto muchos cantores,
con famas bien otenidas
y que después de alquiridas
no las quieren sustentar:

parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Mas ande otro criollo pasa
Martin Fierro ha de pasar;
nada lo hace recular
ni las fantasmas lo espantan,
y dende que todos cantan
yo tambien quiero cantar.

Cantando me he de morir,
cantando me han de enterrar
y cantando he de llegar
al pie del eterno Padre;
dende el vientre de mi madre
vine a este mundo a cantar.

Que no se trabe mi lengua
ni me falte la palabra;
el cantar mi gloria labra
y, poniéndomé a cantar,
cantando me han de encontrar
aunque la tierra se abra.

Me siento en el plan de un bajo
a cantar un argumento;
como si soplara el viento
hago tiritar los pastos.
Con oros, copas y bastos
juega alli mi pensamiento.

Yo no soy cantor letrao
mas si me pongo a cantar
no tengo cuándo acabar
y me envejezco cantando:
las coplas me van brotando

como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman;
naides me pone el pie encima,
y, cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en rodeo ajeno;
siempre me tuve por güeno
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos

No me hago al lao de la güeya
aunque vengan degollando;
con los blandos yo soy blando
y soy duro con los duros,
y ninguno en un apuro
me ha visto andar tutubiando.

En el peligro ¡qué Cristos!
el corazón se me enancha,
pues toda la tierra es cancha,
y de eso naides se asombre;
el que se tiene por hombre
ande quiera hace pata ancha.

Soy gaucho, y entiendaló
como mi lengua lo explica:
para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor.
Ni la víbora me pica
ni quema mi frente el sol.

Nací como nace el peje
en el fondo de la mar;
naides me puede quitar
aquello que Dios me dio:
lo que al mundo truje yo
del mundo lo he de llevar.

Mi gloria es vivir tan libre
como el pájaro del cielo;
no hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir,
y naides me ha de seguir
cuando yo remuento el vuelo.

Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas;
como esas aves tan bellas
que saltan de rama en rama,
yo hago en el trébol mi cama,
y me cubren las estrellas.

Y sepan cuantos escuchan
de mis penas el relato
que nunca peleo ni mato
sino por necesidá
y que a tanta alversidá
sólo me arrojó el mal trato.

Y atiendan la relación
que hace un gaucho perseguido,
que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente,
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.

Texto 9

[Fragmento de la novela abolicionista *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde. A través del diálogo de Leonardo con su madre doña Rosa, el narrador presenta la mentalidad de los blancos respecto a la esclavitud. Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, Jean Lamore ed. (Madrid: Cátedra, 1992) Primera parte, Capítulo XII, pp. 187-188.]

–Figúrate, mamá, –dijo Leonardo con mucha risa, aunque bajando la voz–, un plagiario de hombres convertido en Conde... del Barracón, por ejemplo. ¡Qué lindo título!–¿No te parece mamá?

–¿Qué quieres decir con esa salida de pie de banco? –preguntó doña Rosa molesta no menos que sorprendida.

–¡Ay, mamá! ¿Tú no sabes que según las leyes romanas son plagiarios todos aquellos que roban hombres para venderlos?

–Ya. En ese caso tu padre no es el verdadero plagiario, como dices, sino D. Pedro Blanco, quien es sabido, desde su factoría en Gallinas, en la costa de Guinea, (tantas veces he oído esos nombres que se me han quedado impresos), trata negros por baratijas y otras cosas y remite los cargamentos a esta Isla. Tu padre toma los que necesita para sus fincas y los demás los vende a los hacendados, porque él hasta hace poco ha estado actuando como consignatario y antes como socio de Blanco, cuando no se tenía por contrabando la trata de África, o se toleraba. Por su cuenta al menos, no ha despachado sino contadas expediciones. De un momento a otro espera la vuelta de su bergantín *Veloz*. ¡Dios quiera que no haya caído en las garras de los ingleses!

–Tú, sin querer, estás abogando en mi favor. Yo dije lo que dije en broma, pero es claro, mamá, que conforme a un principio de derecho tanto delito comete el que mata la vaca como el que le sujeta la pata.

–No me vengas con tus principios, tus fines ni tus leyes romanas. Digan ellas y ellos lo que gustes, la verdad es que

existe mucha diferencia entre la conducta de tu padre y la de don Pedro Blanco. Este se halla allá, en la tierra de esos salvajes; él es quien los procura en trato, él es quien los apresa y remite para su venta en este país; de suerte que, si hay en ello algún delito o culpa, suyo será, en ningún caso de tu padre. Y, si bien se mira, lejos de hacer Gamboa nada malo o feo, hace un beneficio, una cosa digna de celebrarse, porque si recibe y vende, como consignatario, se entiende, hombres salvajes, es para bautizarlos y darles una religión que ciertamente no tienen en su tierra. Conque si lo dices por esto, ya sabes que, en caso de titular, en lo que por ahora no piensa, no le faltarían títulos bonitos y sobre todo, honrosos.

Texto 10

[En este segundo fragmento de la novela abolicionista *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde, Leonardo explica a su amigo por qué está enamorado de Cecilia. Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, Jean Lamore ed. (Madrid: Cátedra, 1992). Tercera parte, Capítulo II, pp. 414-415.]

—O yo no me he sabido explicar, o tú no me entiendes, Diego. No habiendo puntos de comparación bajo ningún concepto entre las dos mujeres, no puedo querer a la una como quiero a la otra. La de allá me trae siempre loco, me ha hecho cometer más de una locura y todavía me hará cometer muchas más. Con todo, no la amo, ni la amaré nunca como amo a la de acá... Aquélla es toda pasión y fuego, es mi tentadora, un diablito en figura de mujer, la Venus de las mula... ¿Quién es bastante fuerte para resistírsele? ¿Quién puede acercársele sin quemarse? ¿Quién al verla no más no siente hervirle la sangre en las venas? ¿Quién la oye decir: *te quiero*, y no se le trastorna el cerebro cual si bebiera vino? Ninguna de esas sensaciones es fácil experimentar al lado de Isabel. Bella, elegante, amable, instruida, severa, posee la virtud del erizo, que punza con

sus espinas al que osa tocarla. Estatua, en fin, de mármol por lo rígida y por lo fría, inspira respeto, admiración, cariño tal vez, no amor loco, no una pasión volcánica.

—Y pensando como piensas, Leonardo, ¿te casarás con Isabel?

—¿Por qué no? Precisamente así es como debe buscarse la mujer para esposa. El que se casa con Isabel está seguro de que no padecerá de... quebraderos de cabeza, aunque sea más celoso que un turco. Con las mujeres como C... el peligro es constante, es fuerza andar siempre cual vendedor de yesca. No me ha pasado jamás por la mente casarme con la de allá, ni con ninguna que se le parezca, y sin embargo, aquí me tienes que me entran sudores cada vez que pienso que ella puede estar coqueteando ahora mismo con un pisa-verde o con el mulato músico.

—Lo que prueba, amigo mío, que no hay forma de servir a dos amos.

—En negocios de amor es, o galanteos, se puede servir hasta a veinte, cuanto y más a dos. La de La Habana será mi Venus citerea, la de Alquizar mi ángel custodio, mi monjita Ursulina, mi hermana de la caridad.

—Es que no se trata aquí de amores ni de meros galanteos, se trata de amar mucho a una y de casarse con otra que no se ama tanto.

—Ya veo que tú no entiendes de la misa la media. Para gozar mucho en la vida el hombre no debe casarse con la mujer que adora, sino con la mujer que quiere. ¿Entiendes ahora?

—Entiendo que tú no has nacido para casado.

IV
BIBLIOGRAFÍA

OBRAS DE LOS AUTORES ANTOLOGIZADOS

- ECHEVERRÍA, ESTEBAN, *El matadero. La cautiva*, edición e introducción por Leonor Fleming. Madrid: Cátedra, 1995.
- HEREDIA, JOSÉ MARÍA, *Poesías líricas*. París: Garnier Hermanos, 1893.
- HERNÁNDEZ, JOSÉ, *Martín Fierro*, edición e introducción por Luis Sáinz de Medrano. Madrid: Cátedra, 1994.
- ISAACS, JORGE, *María*, edición e introducción por Donald McGrady. Madrid: Cátedra, 1995.
- MERA, JUAN LEÓN, *Cumandá*. Madrid: Alba, 1989.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO, *Facundo. Civilización y barbarie*, edición e introducción por Roberto Yahni. Madrid: Cátedra, 1990.
- VILLAVERDE, CIRILO, *Cecilia Valdés o La Loma del Ángel*, edición e introducción por Jean Lamore. Madrid: Cátedra, 1992.

FUENTES SECUNDARIAS

Generalidades

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, *La novela romántica latinoamericana*. La Habana: Casa de las Américas, 1978.
- ALEGRÍA, FERNANDO, *Historia de la novela hispanoamericana*. México: Ediciones de Andrea, 1974.
- BELLINI, GIUSEPPE, *Nueva historia de la Literatura Hispanoamericana*. Madrid: Editorial Castalia, 1997. 804p.
- CARILLA, EMILIO, *El Romanticismo en la América Hispánica*, 2 v. Madrid: Editorial Gredos, 1975.

- CHANG-RODRÍGUEZ, RAQUEL, MALVA E. FILER, *Voces de Hispanoamérica. Antología literaria*. Canada: Heinle, 2004. 635 p.
- FRANCO, JEAN, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Ariel, 1993. 398 p.
- GARCÍA LÓPEZ, JOSÉ, *Historia de la Literatura española*. Barcelona: Vicens Vives, 2004. 789 p.
- GARGANIGO, JOHN F., RENE DE COSTA, BEN A. HELLER, ALESSANDRA LUISELLI, GEORGINA SABAT-RIVERS, ELZBIETA SKLODOWSKA, *Huellas de las literaturas hispanoamericanas*. New Jersey: Prentice Hall, 2002. 784 p.
- GOIC, CEDOMIL, ed., *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. II. Del romanticismo al modernismo*. Barcelona: Crítica, 1990.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *La Utopía de América*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1989.
- MADRIGAL, LUIS ÍÑIGO, ed., *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid: Cátedra, 1993. 749 p.
- MENTON, SEYMOUR, *El cuento hispanoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.
- NAVAS RUIZ, RICARDO, *El romanticismo español*. Madrid: Cátedra, 1990.
- OVIEDO, JOSÉ MIGUEL, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2: *Del Romanticismo al Modernismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2005. 386 p.
- PENA DE MATSUSHITA, MARTA E., *Romanticismo y Política*. Argentina: Docencia, 1985.
- PÉREZ, GALO RENÉ, *La novela hispanoamericana. Historia y Crítica*. Madrid: Oriens, 1982.
- SCHADE, GEORGE D., *Costumbrismo y novela sentimental*. Madrid: La muralla, 1979.

Estudios especializados

- BLASI, ALBERTO, *José Mármol y la sombra de Rosas*. Buenos Aires: Pleamar, 1970.
- BORELLO, RODOLFO A., *Hernández: poesía y política*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1973.
- CABAÑAS, MIGUEL ÁNGEL, “Géneros al *Matadero*: Esteban Echeverría y la cuestión de los tipos literarios.” *Revista de crítica literaria latinoamericana* 48 (1998), pp. 133-47.
- JITRIK, NOÉ, *Esteban Echeverría*. Buenos Aires: CEAL, 1968.
- KATRA, WILLIAM H., *Sarmiento de frente y de perfil*. New York: Peter Lang, 1993.
- KRITIKOU, VIKTORIA, «Cumandá ¿una heroína trágica?». *América Latina y el Mediterráneo: ideas en contacto. Actas del XIV Congreso de la FIEALC. Atenas, 14-16 de octubre de 2009*. Edición de Efthimía Pandís Pavlakis. Madrid: Ediciones del Orto, 2011.
- , «Aspectos ideológicos en *Cecilia Valdés* o *La Loma del Ángel* de Cirilo Villaverde y *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana». *Nasledje* 18 (2011): 341-49.
- Κρητικού, Βικτωρία, «Η Μαρία στο ομώνυμο έργο του κολομβιανού συγγραφέα Jorge Isaacs». *Ισπανοαμερικανική Πεζογραφία του 19^{ου} αιώνα. Κριτικά Δοκίμια*. Αθήνα: Κώδικας, 2004, 9-32.
- MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*, 2 v. México: Fondo de Cultura Económica, 1948.

